

La Ilustración Artística

Año XIX

BARCELONA 10 DE DICIEMBRE DE 1900

Núm. 989



REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



PREPARANDO LA CENA, cuadro de Pablo Pascal,

grabado por Baude

SUMARIO

Texto. - *Crónicas universales. Polonia y su literatura*, por Juan B. Enseñat. - *Ralph Peacock y sus obras*, por Walter Shaw Sparrow. - *Joselele Expósito (cuento)*, por Adolfo Luna. - *D. Francisco Soler y Roviroza*, por A. - *Nuestras grabados.* - *Miscelánea con noticias de Bellas Artes y Teatros.* - *Problema de ajedrez.* - *La venganza de Inés*, novela original de F. Pi y Arsuaga, con ilustraciones de Gastón de Gotor. - *Kwakkio, cuento japonés.* - *La araña sericígena de Madagascar*, por G. C. - *Ventriloquia*, por H. C. - Libros enviados á esta Redacción por autores ó editores.

Grabados. - *Preparando la cena*, cuadro de Pablo Pascal. - *Nerón se preparaba á entonar un canto*, muestra de los grabados de nuestra edición de *Quo vadis?* - *Dos hermanas.* - *Retratos de niñas.* - *Don Quijote y Sancho Panza.* - *En busca de hogar.* - *En el bosque*, cuadros de Ralph Peacock. - Dibujo que ilustra el artículo titulado *Joselele Expósito.* - El pintor escenógrafo barcelonés *D. Francisco Soler y Roviroza.* - *Regocijo de los japoneses al despedir á las tropas que marchan á China*, dibujo de un artista japonés. - *Joven mora*, cuadro de Mme. Lucas Robiquet. - *En las márgenes de los ríos del país de Babilonia...* (Salm. CXXXVI. 1.), grupo escultórico de Gustavo Eberlein. - *Viaje á Europa del presidente de la República Sudafricana. Kruger saludando á la multitud desde el balcón del hotel Scribe, en París.* - *La araña sericígena de Madagascar.* Fig. 1. Las arañas en las guillotinas de la devanadura. - Fig. 2. Jóvenes malgaches devanando la seda de las arañas. - Figura 3. Aparato para devanar la seda de las arañas. - *En el coro*, cuadro de Mariano Oliver Aznar.

CRÓNICAS UNIVERSALES

POLONIA Y SU LITERATURA

En este momento, los intelectuales de la vieja Europa comulgan con las obras de Sienkiewicz, como comulgaban hace dos lustros con las novelas de Tolstoi, y como han comulgado últimamente con las de d'Annunzio.

Nuestras generaciones, ávidas siempre de novedad, olvidan pronto los ídolos de ayer para rendir culto á los de hoy, que á su vez serán relegados al olvido para la glorificación de los de mañana.

Aprovechemos el momento en que Sienkiewicz es el ídolo universal, para exponer aquí algunas de las reflexiones que nos ha sugerido la lectura de *Quo vadis?* y *Sin dogma*: únicas obras que conocemos del célebre autor polonés, pues no contamos *La familia Polianiecki*, que el *Temps* publica en su folletín.

Quo vadis? fué una deslumbradora revelación. Esta novela de los tiempos neronianos, maravilloso fresco histórico, puso en plena gloria, con la aureola del genio, la literatura polonesa.

Y Sienkiewicz, considerado como la personificación más genuina de esa literatura, ofreció á nuestro gusto estragado una nueva y rara sensación de arte.

Desde Jorge Sand y Gustavo Flaubert, desde Ernesto Renán y Alejandro Dumas hijo, la Europa intelectual no había experimentado en grado tan superlativo la dulce y fuerte conmoción de los goces estéticos.

De entre las brumas del pueblo eslavo surgía un ideal que iba dominando el hastío latino y la rudeza germánica.

Por cima del procedimiento fotográfico de Turgenef, del realismo de Dostyevski y del misticismo simbólico de Tolstoi sobresale la impresionable figura, verdaderamente humana, de ese escritor lleno de sinceridad, que refleja el alma de todo un pueblo.

Sienkiewicz, que había atestiguado la fuerza de su genio en *Quo vadis?*, ha revelado con el *Sin dogma* su delicadeza y su penetración sentimental.

¡Cómo deja atrás á las mujerzuelas neuróticas y á los monigotes de frac y corbata blanca de Bourget, lo mismo que á las creaciones amables y ficticias en que se complace el dandismo del Sr. d'Annunzio, fabricante de alegorías vestidas á la última moda!

Los personajes de Sienkiewicz son de carne y hueso, y diríase que circula sangre nuestra por sus venas. Detrás de la fisonomía polonesa de ese León Ploszowski, que nos transmite la narración autobiográfica de *Sin dogma*, no es difícil reconocer un tipo universalmente humano.

¡Con qué clarividencia intuitiva se analiza y se

conoce á sí mismo cuando acusa á la *improductividad* eslava!

Y es la confesión de toda una época y de todo un pueblo lo que murmura á nuestro oído, en esa novela que parece una historia del alma referida en el tribunal de la penitencia.

«Sí - dice; - hay en nosotros algo de estéril, cierta ineptitud congénita para producir todo aquello de que nos sentimos capaces. Dios nos ha provisto de

se negó á casarse con él siendo soltera, y León trata de conquistarla después de casada.

Sin dogma, diario de una conciencia desesperada y sin brújula, resume los anales melancólicos de esa tenaz persecución.

Cada vez que el protagonista se halla á punto de lograr su objeto y alcanzar la dicha, el fantasma se le escapa de los brazos, como en los infiernos virgilianos de la sombra de Dido esquivo las súplicas de Eneas.

Esa conmovedora narración psicológica es un tenaz apetito que no llega nunca á verse satisfecho por la posesión del objeto deseado.

El pobre León se verá reducido á sacrificar eternamente su amor por amor mismo. Cada uno de sus actos implicará el holocausto de un deseo. En vano se entregará á la ritual observancia de un éxtasis continuo, y lanzará suspiros que serán plegarias, llamando á Angela («su pequeño dogma de largas pestañas»). Ella ama y se negará á confesarlo, privándose de la felicidad. Como Galatea, se refugiará bajo los saucos, no para dejarse coger, sino para evadirse con presteza.

«Las polonasas - ha dicho Sienkiewicz - son las mujeres más exigentes y fatigosas de la tierra.» León Ploszowski habrá agotado sus fuerzas esperando todo sin conseguir nada. El suplicio de Tántalo se habrá renovado para él.

Esé enamorado, que nunca ve satisfecho su deseo, parece un «Anacreonte polonés» consagrando su vida á forjarse ilusiones, á escribir y á contarnos voluptuosas fantasías, sin que éstas pasen nunca de su imaginación á la realidad.

«Pertenezco - dice - á esa clase de seres llamados solitarios. A esto se añaden en mí una timidez y una impresionabilidad inauditas. Mi corazón tenía la sensibilidad de la mimosa, cuyos pétalos se contraen al más ligero contacto.»

Y asistimos á los movimientos, sucesivamente expansivos y contractivos de esa sensitiva.

Sienkiewicz, y en eso su idealismo se aproxima, dominándolo, al sensualismo pagano de d'Annunzio, ha elevado en *Sin dogma* un monumento piadoso en honor de la Belleza.

«Concibo - nos dice - que la Belleza, tomada en su acepción general, pueda en rigor servirnos de religión.»

Pero el devoto llega en breve á dudar de las ceremonias, de los milagros y de las indulgencias de la fe que practica.

En un movimiento de impiedad transitoria exclama: «¡Bonita religión, á fe, la que una pulmonía hace vacilar y un grano en la nariz puede destruir!»

El día en que profiere esta blasfemia, el postulante ha debido solicitar en vano los favores de la santa de su devoción.

El doloroso encanto que se desprende de esa obra voluptuosa en su castidad, es que el amor circula en ella como la sangre en el organismo. Es el soplo que anima á la materia. Tiene el don admirable de comunicar la vida y aun de ser la vida misma, como también el de engendrar la muerte, alternativamente adorado y aborrecido.

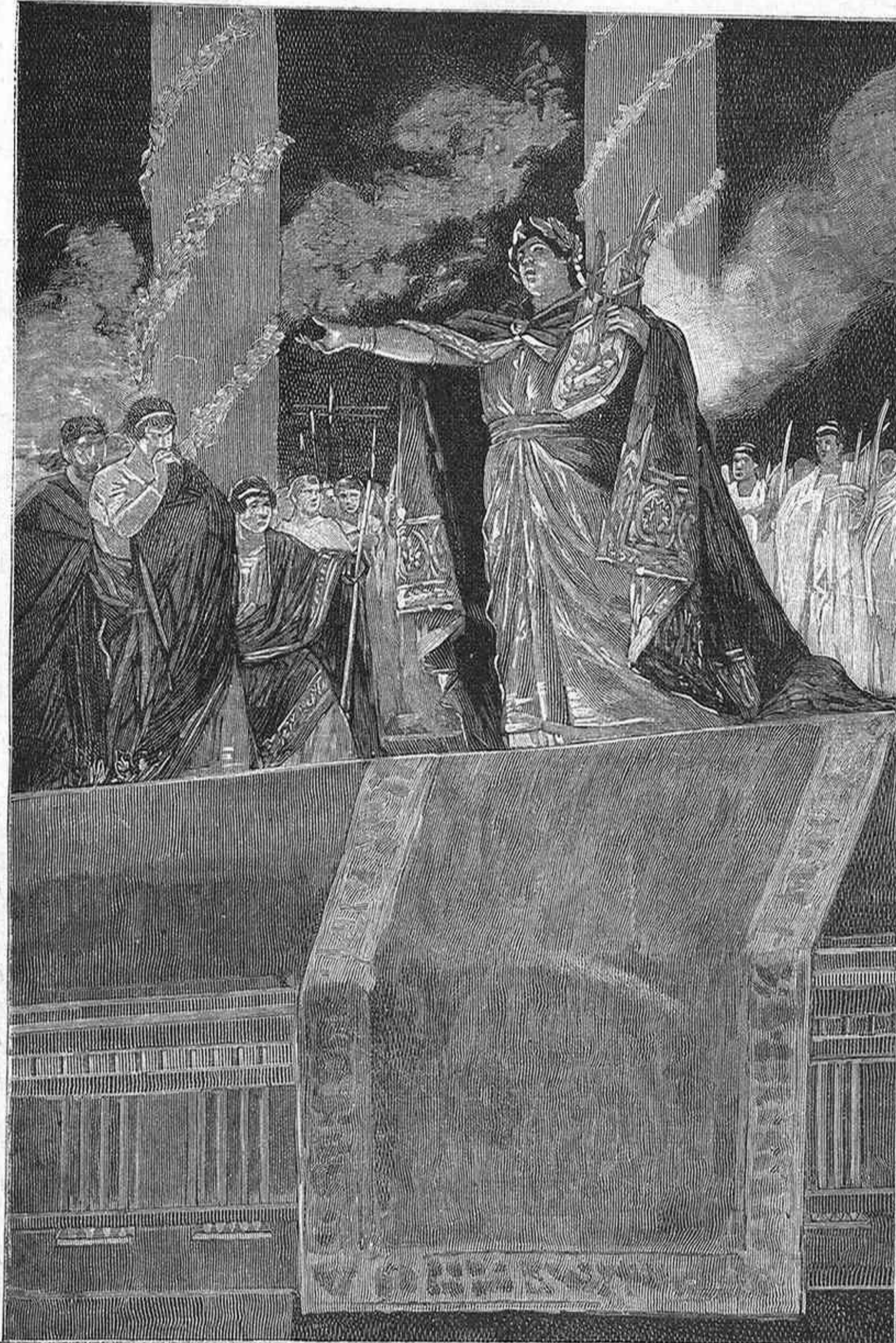
Pocas páginas de prosa hemos visto sometidas á la traducción que hayan conservado ese poético atractivo. Pocos autores, en las literaturas clásicas, han lanzado al cielo el himno amoroso con una mezcla tan febril de alegría y desesperación.

La pasión es celebrada con ese fervor casi furioso que la Polonia ha desplegado en todas las manifestaciones de su genio nacional y de su imprevisión hereditaria, en las querellas de su política y el enervamiento de sus amores, como en la embriaguez de sus danzas.

A través de las páginas de *Sin dogma*, nos sentimos arrastrados por un torbellino, en un vértigo de sentimentalismo loco.

Es una apoteosis de la mujer, idolatrada hasta en los tormentos que ocasiona; es un canto extático, bajo efluvios de amor. Y sin el amor, «la vida nada vale» para el alma tierna de la Polonia.

JUAN B. ENSEÑAT.



NERÓN SE PREPARABA Á ENTONAR UN CANTO

Muestra de los grabados de nuestra edición de *Quo vadis?* que próximamente repartiremos á los señores suscriptores á la «Biblioteca Universal.»

arcos y de flechas, pero nos ha negado los medios de tender la cuerda y lanzar los dardos.»

De ahí esas veleidades que degeneran en enervamiento y en impotencia. De ahí esa exaltación romántica, cuyos ardores no pasan de ser filosóficamente especulativos.

Así como á las estepas de esa región, de fugaz horizonte, se las ha definido diciendo que son «diez leguas de nada», así puede decirse del alma polonesa, que no tiene deslindes precisos y determinados, condenada como está al emblemático reparto que realizan los rusos, los prusianos y los austriacos.

Sin dogma, detrás de la aventura amorosa y la miseria sentimental de León Ploszowski, «genio sin cartera», evoca el pasado y anuncia el destino de ese pueblo caballeresco, conducido orgullosa y ciega mente á la ruina por una aristocracia presuntuosa.

A costa de todo eso, el protagonista del libro, en medio de sus embriagueces de ternura, representa á la masa de sus compatriotas.

Éstos se entregaron á la política, como aquél se hizo esclavo de la pasión, bajo una forma igualmente metafísica y nebulosa.

De modo que no es solamente el hijo voluptuoso del siglo eslavo, sino que es también su hermano intelectual, el propio Sienkiewicz, quien nos hace esta profesión de fe, radical é irreductible:

«El amor platónico es un contrasentido. Equivale á buscar una luz que no alumbr.»

Toda la novela gira á tientas en torno de esa tentativa. León Ploszowski ha amado. Su prima Angela



Nueve años han transcurrido desde que M. Ralph Peacock hizo su primera aparición ante los tribunales de la crítica, públicos y privados, reconocidos ó anónimos, y nunca ha dejado de obtener de ellos, de año en año, un justo y sincero estímulo.

Pocos son los que tienen la suerte de alcanzar así de una vez merecido éxito sin el menor auxilio de nadie; y es interesante notar que Mr. Peacock debe mucha de su buena fortuna á su temperamento, que difiere considerablemente del de la mayoría de los artistas. Es á la vez plácido é impetuoso; tiene paciencia á la par que ambición; comprende cuándo debe detenerse, y se contenta con adelantar poco á poco. No es su costumbre perder el tiempo esforzándose para apresurar una obra más de lo que razonablemente puede esperarse; he aquí por qué sus lienzos tienen siempre el encanto de la frescura, son espontáneos y no revelan jamás la fatiga ni la precipitación que acusan los trabajos de los artistas jóvenes. Apresurarse demasiado es el más seguro medio para no alcanzar el éxito.

Y hay en esto algo más de lo que está visible en la superficie. Por regla general, el temperamento estético es tan inquieto y tan crítico de sí propio, que aquellos que están dotados de él, rara vez tienen paciencia suficiente, cuando son jóvenes, para vivir solos. Casi siempre olvidan que las faltas que se deben á la inexperiencia son inevitables, y que un talento genuino para el arte prospera más si se le permite desarrollar sus fuerzas espontáneas libremente, sin la menor perturbación. El que se olvida de esto, adolece de lentitud y pesadez y pierde un tiempo precioso en una obra de poca importancia que carece de su primera frescura, de sentimiento y de entusiasmo.

¿Por qué olvidan algunos que siempre será mucho más fácil educar la facultad del crítico que ser hábil en el manejo del pincel, puesto que los ojos y el cerebro trabajarán siempre más que la mano? Si se tuviera constantemente en cuenta esta consideración, como debería hacerse, los artistas jóvenes de talento, aunque no satisfechos de sus producciones, al fin harían un esfuerzo determinado para no esclavizarse al enojoso deseo de repintar lo que les desagrada después del sueño de cada noche, lo cual llega á ser una mala costumbre del pensamiento, debilitante y morbosa.

Largo tiempo hace, en los buenos períodos del arte flamenco é italiano, se evitaba en lo posible el peligro que ocasionaba el temperamento estético, gracias á la severidad que se observaba en el curso práctico con los que estudiaban las bellas artes, bien fuesen alumnos en las escuelas ó aprendices de fa-

mosos maestros. Bajo una enseñanza continua, á manera de obreros, y sometidos á una disciplina que enseñaba á tener paciencia y á ser obedientes, adquirieron maestría en el manejo de sus pinceles. Sus manos estaban amaestradas ya cuando llegaron á penetrar seriamente en los problemas intelectuales del arte, y así tuvieron la fortuna de llegar á ser hábiles antes de aspirar á la independencia como artistas creadores.

Algunos creen que este sistema de enseñanza se

cho que nos asiste para emplear nuestra inteligencia y talento sin temor á ninguna autoridad. En el mundo del arte, esta consciencia propia se expresa de diversas maneras desgraciadas: así, por ejemplo, es creencia, demasiado común entre los estudiantes, que un profundo conocimiento de los antiguos estilos dificulta el desarrollo de nuevas formas, y esto sería como pensar que la lectura de Shakespeare y de Milton perjudicaría á la originalidad de un Kipling ó un Meredith.

* * *

Esta falsa noción en cuanto á la influencia del conocimiento en la formación de diferentes estilos nos lleva otra vez al punto de partida, porque á la verdad estimula esa impaciencia que induce á los jóvenes artistas á intentar mucho más de lo que sus alcances les permiten ejecutar.

Afortunadamente Mr. Peacock ha sido siempre una excepción de esta regla; su sabia moderación no le ha costado sin duda ningún esfuerzo á causa de su temperamento; pero aun así, tal moderación es digna de notarse como ejemplo de que la mayoría de los pintores jóvenes podrían imitarle si se acostumbraran á dominarse.

Mr. Peacock nació en Wood Green, Londres, en 1868; por parte de su padre es de origen inglés, pero su madre era escocesa; del carácter materno no ha conservado más que la fría calma que le permite vencer donde tantos han fracasado.

En 1882, á la edad de catorce años, asistió á la Escuela de Bellas Artes de Lambeth, y durante largo tiempo trabajó allí dos veces á la semana por la noche, estimulado por su padre, que trabajaba en la misma clase. Entretanto, se preparaba durante el día para dedicarse á la carrera administrativa, y no tuvo la menor idea de ejercer el arte como profesión hasta que alcanzó la edad de dieciocho años. Entonces fué cuando el difunto John Petie, el conocido pintor escocés, después de haber visto un retrato de estudio, no solamente le aconsejó que perseverara en sus estudios artísticos, sino que habló al padre, infundiéndole tantas esperanzas de que la carrera de su hijo en el arte le sería más ventajosa que ninguna otra, que al fin se resolvió dedicar á su hijo seriamente á la pintura.

Con este objeto le envió primeramente á la Escuela de Arte de St. John's Wood, donde trabajó activamente durante un año; y después, en 1887, pasó á ser alumno en las Escuelas de la Real Academia. Ha sido durante mucho tiempo costumbre hablar desdeñosamente de estas escuelas, y por lo tanto es digno de notarse que Mr. Peacock no es uno de sus

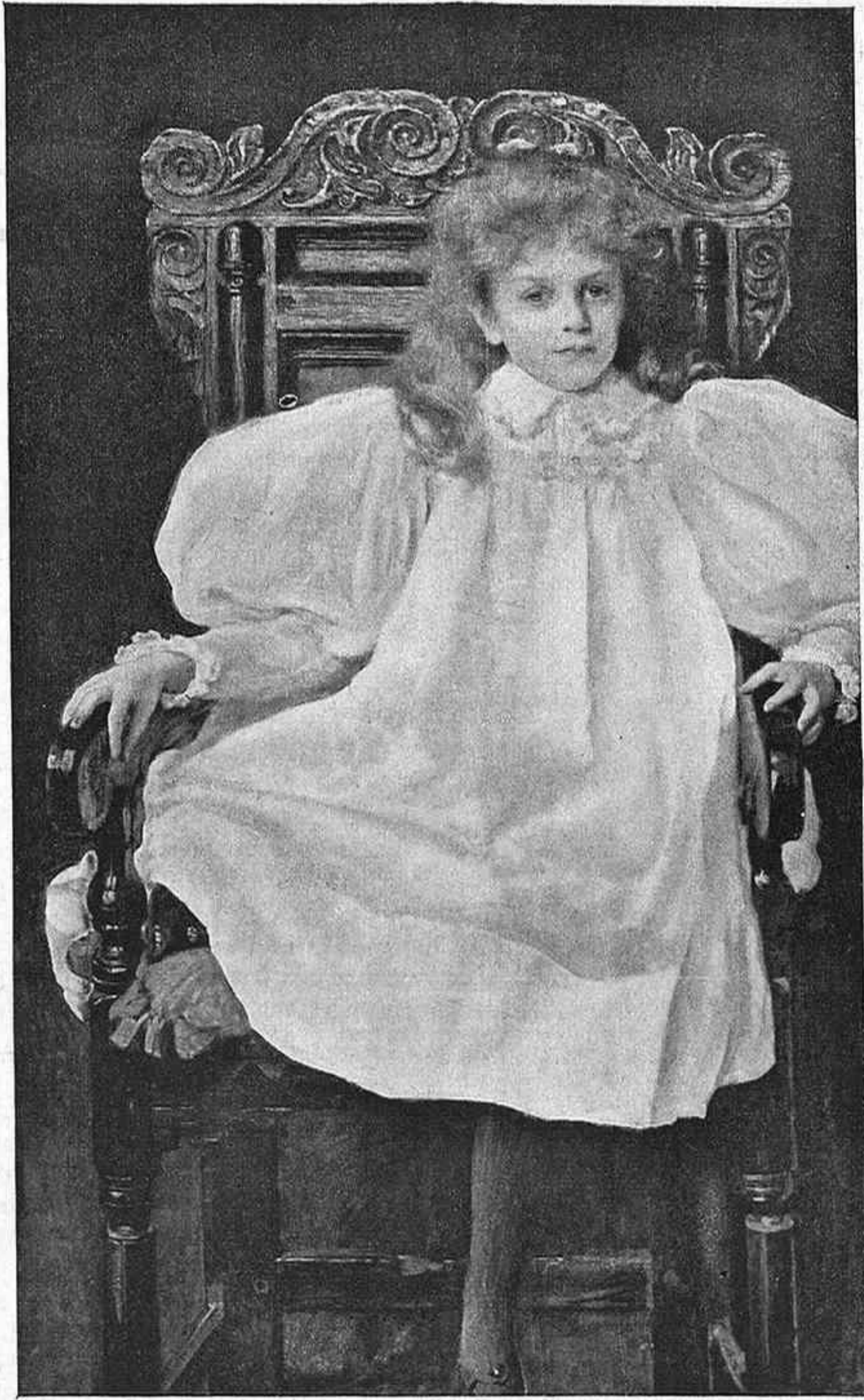


DOS HERMANAS, cuadro de Ralph Peacock

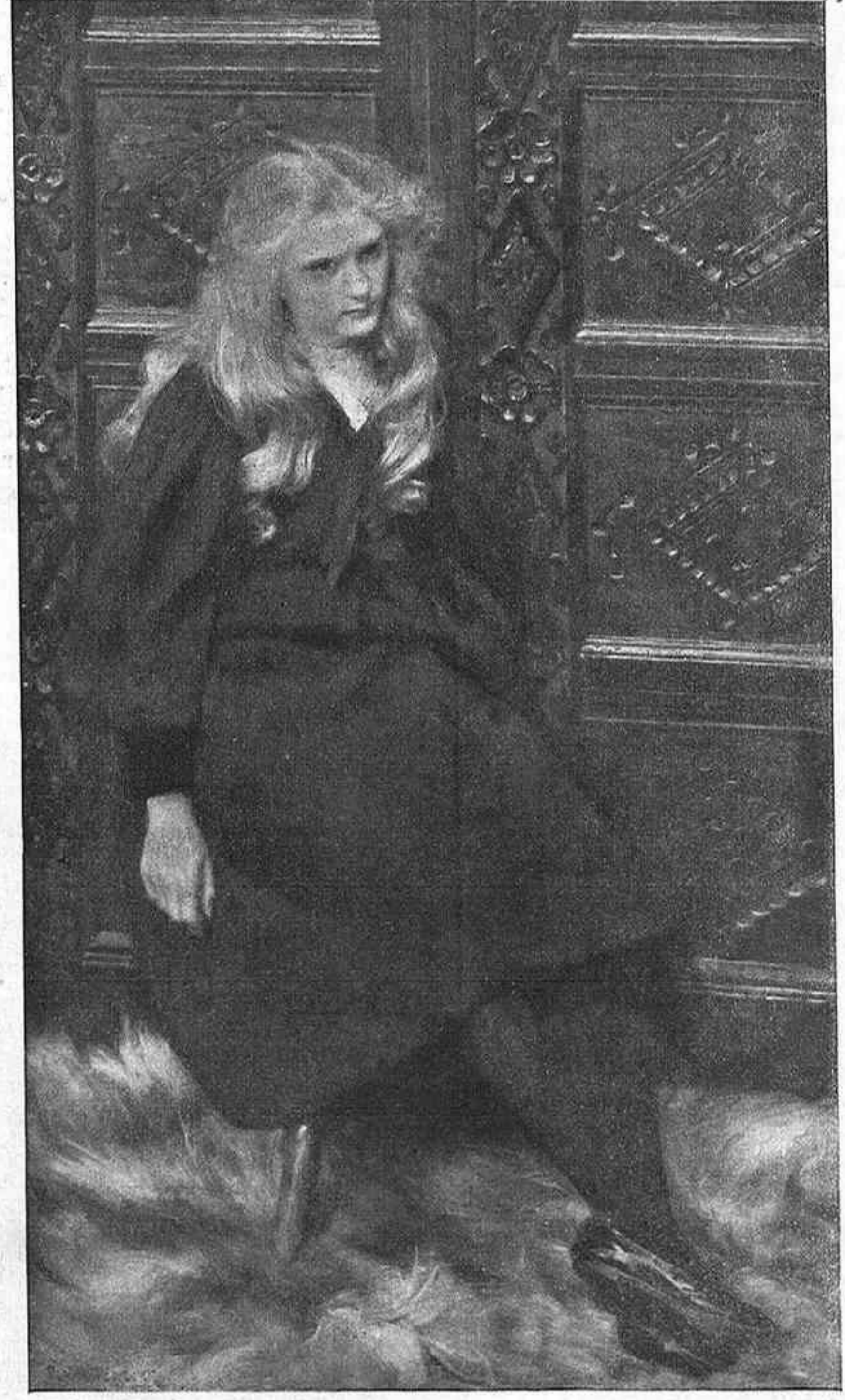
podría reavivar con buen éxito; y no ven que está completamente en oposición con el carácter de nuestro tipo democrático de la sociedad.

Para bien ó para mal, el espíritu de la edad es un estímulo tan poderoso para los que desean la libertad del pensamiento y la independencia de acción, que siempre tiende á que tengamos presente el dere-

críticos adversarios. Piensa de ellas siempre por el estilo de la mayoría de los estudiantes de la Universidad cuando se acuerdan de sus antiguos colegios; conserva agradables memorias de su *alma mater*; y dígame lo que se quiera sobre así como de dibujo anatómico y composición de pintura. El lienzo que pintó ha sido descrito como una obra de escuela, como una pintura de concurso, y considerada como tal nada deja que desear. Sin duda que la historia represen-



RETRATO DE NIÑA, por Ralph Peacock



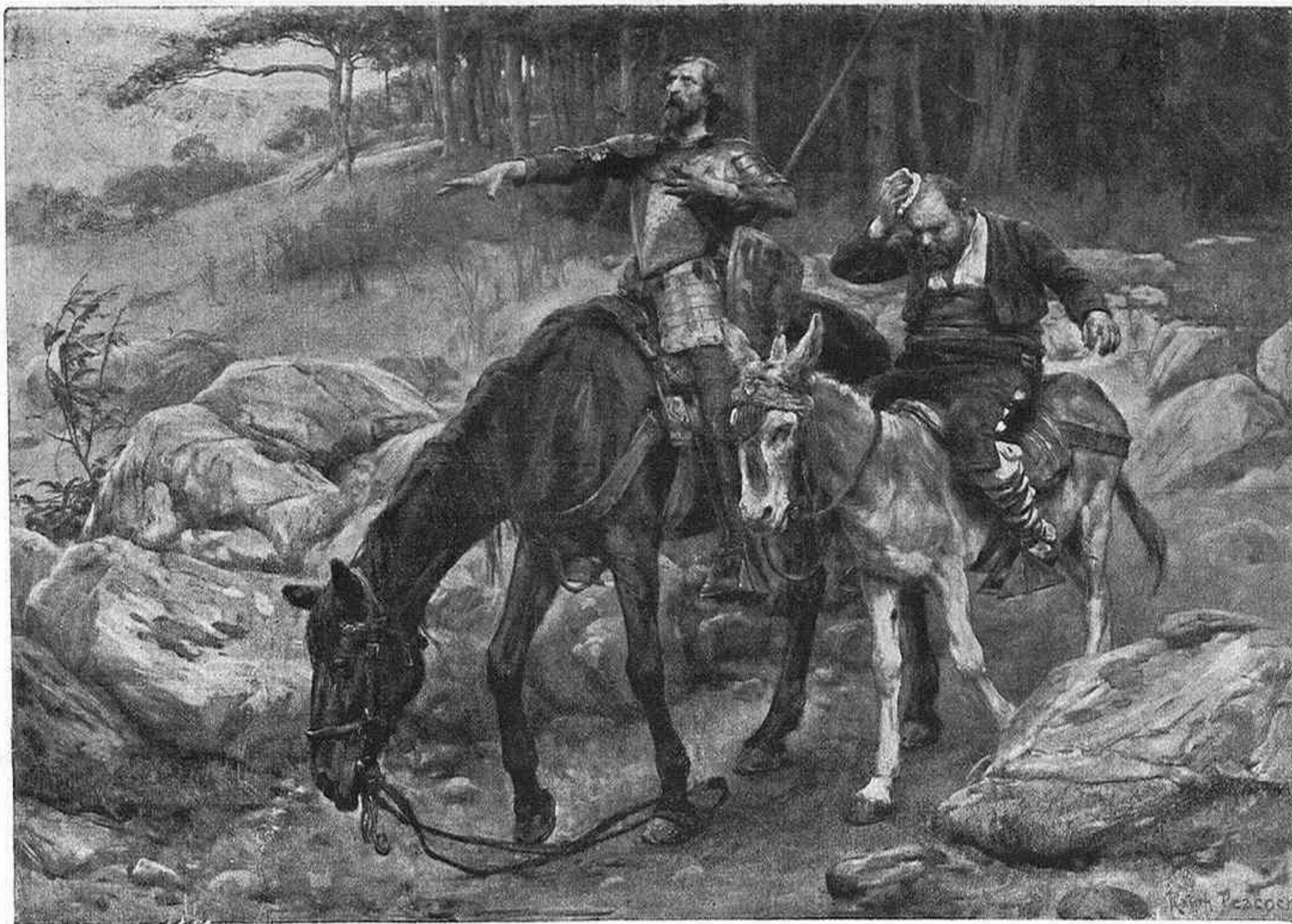
RETRATO DE NIÑA, por Ralph Peacock

el sistema de enseñanza, es lo cierto que él tuvo en las escuelas numerosas oportunidades de trabajar entre estudiantes cuyos métodos no se parecían al suyo propio y cuyas aspiraciones á la competencia convertían en juego sus pinturas.

Prescindiendo de esto, los notables progresos de Mr. Peacock y de varios de sus compañeros, como por ejemplo Mr. Gerald Moira, probaron ciertamente que la Academia era muy favorable como institución escolástica.

En 1890 Mr. Peacock dejó de asistir de día á la clase, y en parte ilustrando libros y dando lecciones tres días á la semana en una escuela, se arregló para ir viviendo, mientras que tomaba parte en la competencia bienal para la bolsa de viaje y la medalla de oro en el concurso de pintura de historia. El asunto elegido fué «Victoria,» y á cada competidor se le dejó en libertad de tratarle como quisiera desde el punto de vista histórico ó imaginativo, esperando así una lucha muy empeñada. Importa notar que Mr. Peacock vaciló algún tiempo sobre la elección del tema. Primeramente pensó poner en el lienzo una radiante figura de la Verdad, rodeada de cierto número de formas humanas que representasen las ilusiones del hombre y sus más mezquinas pasiones; pero muy pronto se convenció de que éste no era un buen asunto, y en su consecuencia le desechó para escoger otro mejor, en el que pudiera demostrar en toda su extensión el conocimiento que había adquirido en las escuelas: el estudio de perspectiva y de arqueología,

tada tiene carácter dramático, pero de una manera fría que adolece del defecto de ser demasiado académica; sin embargo, la entonación es vigorosa, el color muy bueno, y el asunto, lleno de vida, revela mucha imaginación. El jurado de académicos declaró, ciertamente con justicia, que Mr. Peacock había vencido las mayores y más numerosas dificultades, y por esta razón se le otorgó la medalla de oro y la bolsa de viaje.



DON QUIJOTE Y SANCHO PANZA, cuadro de Ralph Peacock

Durante su ausencia de Inglaterra, que duró cerca de un año, Mr. Peacock vió muchas ciudades históricas é hizo numerosos bosquejos del natural, todos notables por sus toques artísticos y la feliz elección de los asuntos. Después marchó á Gibraltar, trabajó en Tánger, y durante seis semanas permaneció en Granada, que se había propuesto visitar, y pintó las ruinas de los monumentos árabes.

Hacia mediados de mayo de 1892, Mr. Peacock salió de España embarcándose para Génova; viajó por Florencia y Venecia; vió que el tiempo era frío en las montañas de Suiza y establecióse en el pueblo de Wasen, situado junto á la falda de una colina en el valle de San Gotardo, á medio camino entre la refrescante fertilidad de las tierras bajas y la aridez de las alturas. En Wasen, durante el verano, Mr. Peacock estudió

los maravillosos efectos de luz y sombra observados en las montañas, y también completó, para enviarlo al Instituto de Pintores al Oleo, un magnífico paisaje muy característico de los alrededores del pueblo en que habitaba.

Concluido el verano regresó á Italia, no sin cierto disgusto, pues el encanto del país en que se hallaba era muy poderoso para él; á pesar de ello, pasó muchos días en las galerías de Florencia. Cumplido este deber, volvió á continuar sus bosquejos al aire libre, eligiendo para su residencia temporal Setignano, pueblo inmediato á Florencia. Allí fué donde pintó su cuadro titulado *Vacas escarbando la tierra*, que llamó la atención de la Academia en 1893.

Después, Mr. Peacock visitó Perusa, Siena, Roma, Nápoles y otras varias ciudades, permaneciendo en Italia unos cinco meses.

Los felices resultados de su actividad se hicieron pronto evidentes cuando volvió á Inglaterra y estableció su taller en Londres.

En 1893 expuso en la Real Academia, además del cuadro antes citado, un trabajo humorístico que representaba un árabe disputando acaloradamente con un negro, que con cómica seriedad pronuncia estas palabras del Korán: «A la verdad que el hombre ha sido creado muy impaciente; cuando la cólera le impulsa, todo en él son quejas.» Esta escena es de un efecto realmente cómico, y la ejecución tiene algo de la vigorosa frescura de un bosquejo hecho al aire libre.

Al año siguiente, en 1894, la principal pintura que presentó á la Academia fué *Don Quijote y Sancho Panza*, que reproducimos. El caballero y su escudero acaban de salir de un sombrío pinar; es de noche, y á lo lejos á la izquierda se ven más allá del bosque varias colinas, en las cuales se reflejan los últimos amarillentos fulgores del crepúsculo. Sancho está rendido de cansancio por las aventuras de aquel día y Don Quijote declama con una especie de entusiasmo heroico.

Se notará que esta concepción del *Don Quijote* es muy elevada; no hay nada ridículo en ella, y no se podría decir esto sino de pocas pinturas de «la estrella errante de la caballería.» Carlos Lamb ha criticado mucho las figuras de varios artistas que representaban á Don Quijote; pero el trabajo de Mr. Peacock no ha merecido la menor censura. Cierta que por varios conceptos su pintura se puede criticar, pero los pequeños defectos que contiene son eclipsados por las numerosas bellezas de esta composición.

De los tres últimos cuadros de carácter subjetivo pintados por Mr. Peacock, *En el bosque*, *Dos hermanas* y el caprichoso lienzo titulado *La falsa*, los dos primeros pueden verse reproducidos en las páginas 795 y 797. El estilo en cada uno de ellos ha ido madurándose, llegando á ser realmente el de un verdadero pintor y no el de un joven artista recién salido de las escuelas. *En el bosque*, cuadro que se expuso el año último en la Academia, representa á una joven campesina sentada debajo de un árbol del bosque; su vestido es de color de púrpura, el mismo de las flores que adornan sus cabellos; en el fondo hay verde musgo, cuyos tonos recuerdan la primavera, y el conjunto es muy armónico. Este cuadro, de grandes atractivos, es de hermoso colorido, tierno y sentido hondamente, y está muy bien pintado. Ahora pertenece á la Galería de Perth, en la Australia Occidental.

En cuanto á *Dos hermanas*, el efecto general de su colorido es indescriptible: los vestidos están sombreados de gris y el fondo tiene un tinte de caoba, color que contrasta admirablemente con la delicadeza de los tonos de las carnes, y también con los dorados cabellos de la hermana

más joven, y el de la mayor, que es de un hermoso castaño. En la belleza de esta obra hay, si no me engaño, un sello de dulzura semejante á la que comunica Dumas, padre, á su heroína favorita Luisa de la Valliere; pero como quiera que sea, el cuadro que nos ocupa, en su conjunto, constituye uno de los mejores y más bellos que Mr. Peacock ha pintado. Dentro de poco figurará este cuadro en la Colección Tate, pues el artista acaba de presentarle á nuestra Galería Nacional del Arte Británico.

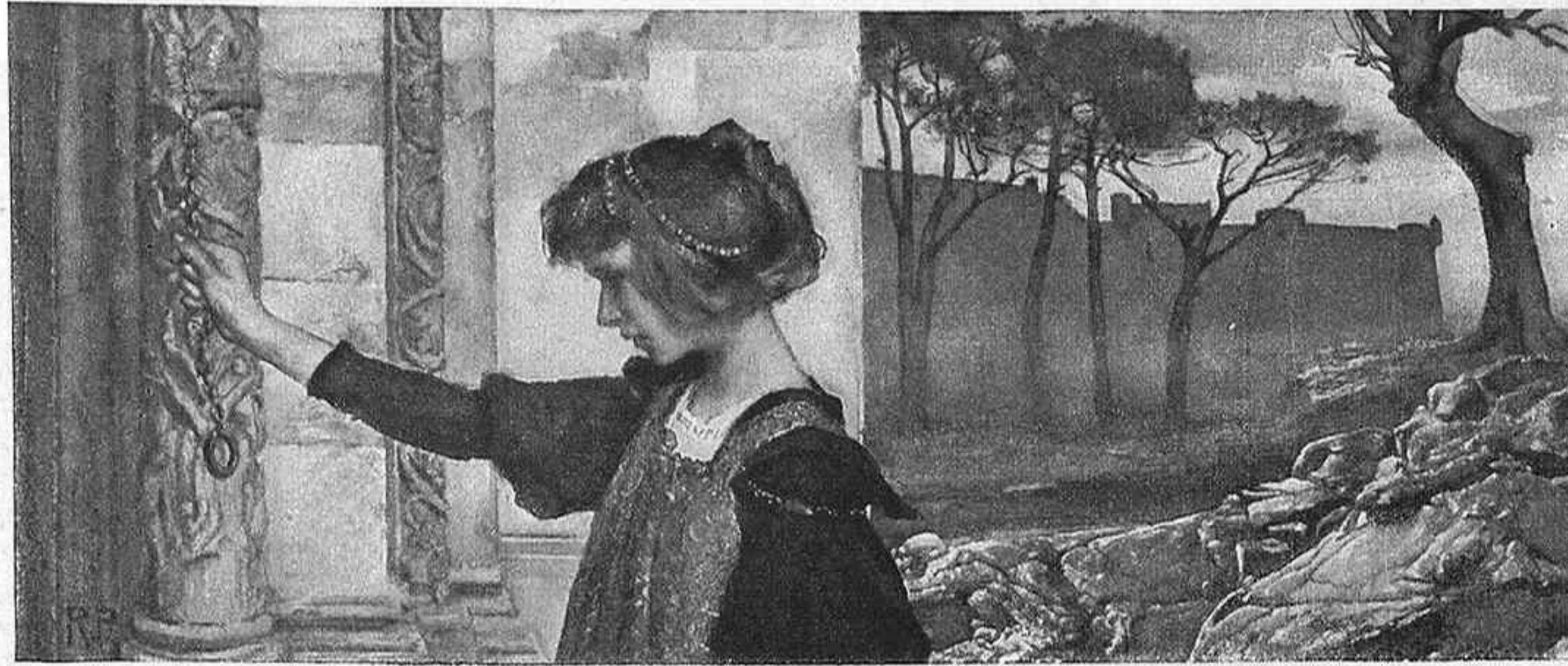
Otra de sus pinturas y una de las que más ha llamado la atención es la titulada *La falsa*: lleva el siguiente epígrafe: «Una rosa, una paloma, una serpiente, un poco de miel y un puñado de arcilla,» que está tomado de una monografía de Mr. William Smart acerca de las «Mujeres hermosas en Pintura y Poe-

sía,» fechada en el año 1894, en la cual se lee lo siguiente: «En un principio, dijo un poeta persa, Alá cogió una rosa, una lila, una paloma, una serpiente, un poco de miel, una manzana del Mar Muerto y un puñado de arcilla. Cuando contempló aquella amalgama vió que era una mujer, y entonces quiso analizar estos constituyentes, mas ya era demasiado tarde. Adán la había tomado por esposa, y la humanidad había comenzado á existir. Al cabo de algún tiempo hubo muchas discusiones entre las hijas de Eva y los hijos de Adán; y entonces Satanás llamó aparte al hombre y explicóle que la mujer había obrado sin razón y precipitadamente; que le había tentado antes de que la manzana estuviese madura, y que era un inocente digno de compasión. Además añadió que si ella hubiese esperado un poco todo habría ido bien; pero tal como era, la rosa tenía una espina, la lila una tendencia á ser frágil, la paloma no había perdido su timidez, la serpiente había conservado sus colmillos y su veneno, la miel podía perjudicar, la manzana del Mar Muerto estaba casi llena de polvo, y la arcilla era correosa, difícil de manipular é inútil para todo.»

Llamándole la atención este pasaje (podemos suponer que Mr. Smart es el mismo poeta persa), Mr. Peacock trató de pintar ese tipo de mujer joven que correspondiera al espíritu de su significado; pero la elección del título es realmente asunto de poca importancia; la pintura misma es admirable cuando se considera como obra de arte, y por lo tanto el nombre es lo de menos. En 1898 esta pintura fué premiada con medalla de oro en la exposición internacional de Viena.

Como retratista, vemos en Ralph Peacock al verdadero maestro en este arte que tantas dificultades entraña, según podrán apreciar nuestros lectores en las dos muestras que con el presente artículo se reproducen. En todos los retratos que de su pincel salen se admira un sello de distinción, de gracia, de elegancia, y el que, no contento con la impresión de momento que su contemplación produce, quiera ahondar en el estudio crítico de los mismos, observará que el artista no se satisface con reproducir los caracteres físicos de la persona retratada, sino que logra además expresar el carácter, el modo de ser moral de cada individuo. Los dos encantadores retratos de niñas que publicamos son la mejor prueba de lo que decimos.

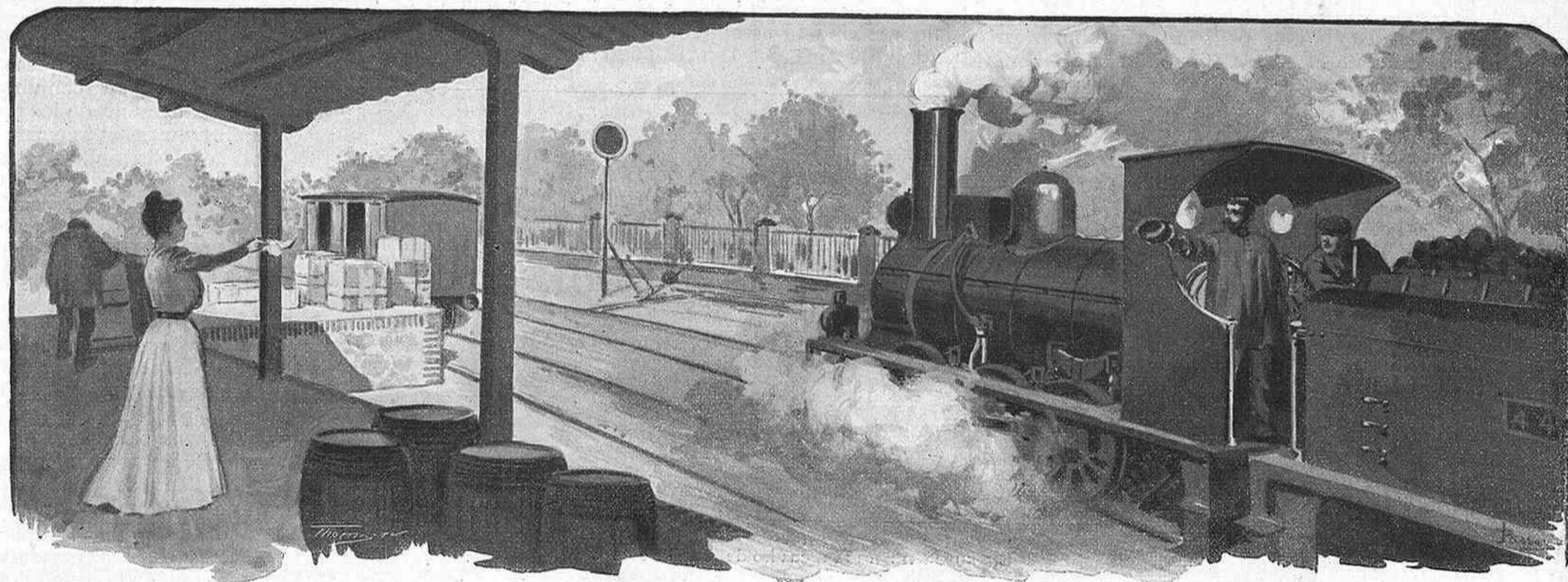
Mr. Peacock, en suma, figura hoy con justicia entre los mejores pintores ingleses y sus obras son la admiración de cuantos las conocen. — WALTER SHAW SPARROW.



EN BUSCA DE HOGAR, cuadro de Ralph Peacock



EN EL BOSQUE, cuadro de Ralph Peacock



Miró á Daniel, que aún saludaba al pañolito blanco

JOSELETE EXPÓSITO

(CUENTO)

Amanecía. En la estación desierta, de tierra ennegrecida por largos regueros de carbón, reinaba el silencio profundo y triste de un gran taller abandonado.

Daniel Ferreti, con la gorra de seda negra sobre los ojos adormilados, entró en la factoría; allí estaban ya los mozos de servicio, con las caras abotargadas de sueño, tendidos aquí y allá como fardos sobre el duro mostrador de los equipajes; la luz del alba llegaba hasta allí lenta y suave como una caricia, amortiguada por los cristales turbios.

Daniel miró á un lado y otro penosamente; ¡pobres muchachos, qué horrible tarea! A sus pies, tendido en el suelo asfaltado y polvoriento de la sala, ronca con furia un muchachote robusto y fuerte, apoyando su cabezota sobre el platillo herrumbroso de la báscula. El maquinista le contempló con una mirada de simpatía; aquel mozallón era Joselete Expósito, su fogonero, su protegido; él influyó para que le dieran un puesto en la Compañía, y aquel pobre muchachote, aquel desventurado hijuelo de la corriente, había sentido por su maquinista un cariño leal de perro agradecido; una sumisión incondicional y absoluta, una admiración sin límites.

Mil veces, á través de sus viajes largos y peligrosos, al pasar el tren sobre los altos despeñaderos de rocas, sobre las vías socavadas por temporales recientes, había visto Daniel al bueno de Joselete Expósito tirar la negra pala sobre la vagoneta del carbón y recorrer la plataforma de acero, aterrado, inquieto, escrutando la sombra de la noche con sus ojos tenaces, inclinando todo el cuerpo sobre los derrumbamientos peligrosos, colgándose de los topes delanteros, con el afán instintivo de oponer su cuerpo á la catástrofe posible...

Y Daniel se lo había reñido muchas veces.

— Pero ¿qué haces, animalote?, ¿ó es que te figuras que si reventáramos de pronto en uno de los pasos me iba yo á salvar porque tú te pusieras delante?..

En tanto que el tren, cauteloso y torvo, se deslizaba sobre los terraplenes de peligro, Joselete no contestaba nunca y seguía con los ojazos muy abiertos escrutando la vía, sobre la cual arrojaba un disco sangriento el rojo farol de cabecera; pero muy luego, cuando la negra locomotora se lanzaba resonante y soberbia sobre las planicies descubiertas y sin peligro, Joselete, el perro leal del maquinista, volvía á su obligación, á su pala de hierro; y entre robustas paletadas de carbón, arrojadas gozosamente sobre la roja fogata del hogar, refraneaba, sonriendo, con los gruesos labios ennegrecidos por la carboncilla:

— Mire usted, padrino, más vale un por si acaso...

Y la pala negra rechinaba alegremente sobre el acero estriado de la vagoneta.

— Digo que más vale un por si acaso, padrino; y más ven cuatro ojos que dos, y no es que yo me precie ni me venda, pero no se me cuece el pan cuando veo de venir lo negro, y jure usted que más vale un amigo que pariente ni primo, y quíteme Dios de en medio si algún día no le sirve á usted de algo Joselete... ¡Recontra!

* *

Y aún le miraba Daniel con profunda simpatía,

así, roncando sanamente, apoyando la ruda cabezota sobre el platillo herrumbroso de la báscula, cuando oyó en el andén la voz irritada del jefe; en seguida despertó á su fogonero, murmurándole al oído:

— ¡Arriba, barbarote, que te van á baldar de una multa!

El jefe entró con una lista en sus manos blancas, exangües, con palidez de cera.

— A ver, de servicio, de máquina; Daniel Ferreti, José Expósito... ¡Al 120!

Los dos hombres salieron, mientras que adentro, en la factoría, resonaban aún los gritos del jefe.

Les esperaba un tren muy largo, por cuyas ventanillas se asomaban rostros pálidos y soñolientos. Faltaaban diez minutos, y Daniel detuvo á Joselete, que había empuñado ya el obscuro mango de la pala.

— Oye, Joselete; este es el último viaje que hacemos...

— ¡Rediez, padrino!

— Me caso la semana que viene y la Compañía me da un mes de licencia...

— ¡Recontra! ¿Se casa usted, padrino? ¿Y con quién?

Había enterrado la pala en el carbón, apoyaba sobre el mango sus dos manazas negras y en su rostro carnoso y fuerte rebosaba una expresión de júbilo.

— ¿Con quién, recontra?

Ferreti se quitó la gorilla de seda, saludando á un pañolito blanco que se agitaba en la puerta de la factoría...

Una palidez sombría y trágica cubrió el rostro del fogonero; sus ojos desencajados habían visto á Carmen, la adorable hija del jefe, de pie sobre los andenes, llenando aquello con el fresco perfume de su juventud, de sus jazmines, de las flores nuevas y rociadas que llevaba en el pecho... La había visto el fogonero saludando al maquinista con su pañolito blanco, con su sonrisa luminosa... La había visto el pobre Joselete, y su rostro, ennegrecido por el resuello de las máquinas, había adquirido de pronto el sombrío color de un busto de bronce...

— ¡Carmen! ¿Era posible? Aquella sonrisa de primavera que surcó el andén le había atravesado el corazón como un navajazo... El era el fogonero, el expósito..., ¡ya se ve!, ¿para quién había de ser aquella niña, blanca como un lirio, con cuyo amor había él soñado desesperadamente en sus largas noches de soledad y de abandono? ¡Para Daniel, para el padrino..., era justo! ¡Ay, su cara negra; su corazón, negro ya como su cara, envuelto en los harapos de una blusa que había manchado el hollín de las máquinas! ¿De qué servía esto? ¿Qué esperaba ya?..

Miró á Daniel, que aún saludaba al pañolito blanco, con la diestra en el férreo mango de la palanca, y una ola de amargura inmensa le inundó los ojos...

— Nos vamos, Joselete, dijo Daniel volviendo la cara gozosa. ¿La has visto?

Y el perro leal, con la voz enronquecida, murmuró:

— ¡Sí..., padrino!..

Y la pala negra se hundió en el promontorio de carbón con furia..., como un puñal que se hubiera hundido en un pecho...

Torció Daniel la palanca de acero, vibró estremecido el hierro de la máquina, y con supremo esfuerzo arrancó lentamente, rápidamente luego, lanzando á compás creciente su fuerte resoplido de fiera.

En el tender dos lágrimas surcaban el rostro ennegrecido de Joselete; á lo lejos, en el andén, como

una mariposa bañada por el sol y loca de alegría, se agitaba el pañolito blanco, que daba un adiós risueño al maquinista Daniel.

* *

Daniel Ferreti, desde la iglesia condujo á su esposa al tren 120. La acomodó en un vagón de primera y corrió al lado de la máquina. Sobre el tender se erguía imponente y negra la figura de Joselete.

— No he querido que me lleve nadie más que tú, Joselete; pero ve lo que haces; ¡voy con ella! Cuidame el cruce de las Rozas...

Y la voz aquella, enronquecida, triste, con tristeza resignada, contestó:

— ¡Lo cuidaré, padrino!

Y el tren arrancó; la mirada torva del nuevo maquinista escrutó el andén; ¡ay, qué vacío ahora; ya no aleteaba el pañolito blanco, y para él, para el expósito, ya no saludaría nunca! ¡Recontra, pero si la llevaba en su tren, si iba á su espalda la dulce niña, con su rostro de nardo fresco, con su débil sonrisa de desposada!.. ¡Y al lado de un hombre!.. ¡Daniel..., el padrino!..

Sintió de pronto como un vértigo de barbarie; toda la amargura de su corazón oprimido le subió á los ojos y le cegó... Él lo conocía todo, los pasos difíciles, los derrumbamientos peligrosos... ¡Ay, recontra..., estrellarse juntos, morir de una vez, en grande, lanzando el hierro de la máquina en un despeñadero!.. ¡Morir con ella!..

Y el tren, violento y salvaje, galopaba, galopaba con una carrera loca y terrible, como si le impulsara el alma trágica y doliente de su maquinista...

De pronto surcó una arruga, un ceño feroz, la frente ennegrecida de Joselete.

«¡El cruce de las Rozas! ¿Para qué ellos? ¡El solo debía desaparecer!»

Paró en seco; desenganchó cadenas y topes y esperó.

El tren de mercancías, un tren pesado y enorme, bajaba violentamente de la cuesta.

Joselete saltó al tender, y sin palabras, sin despedidas, lanzó su máquina suelta con furioso galope sobre aquella balumba de hierro...

Los dos monstruos estallaron con furia, con inmenso fragor de cataclismo.

Los viajeros, aterrados, rodeaban el cuerpo agonizante de Joselete Expósito. Daniel, pálido como un cadáver, llegó al lado suyo...

— ¡Joselete, chiquillo!..

Y la voz estertorosa, resignada aún, murmuró esto: — ¡Ahora es tuya!.. ¡Así está bien!.. ¡Yo no podía matarte, padrino!..

ADOLFO LUNA.

D. FRANCISCO SOLER Y ROVIROSA

Víctima de larga y cruel dolencia, falleció en esta ciudad el día 27 de noviembre último el eminente pintor escenógrafo D. Francisco Soler y Roviro, una de nuestras más grandes y más legítimas glorias artísticas y uno de los hombres que mayores simpatías supieron despertar en cuantos le conocieron y que mayor cariño se conquistó en todos los que íntimamente le trataron; porque en él se juntaban como en pocos los méritos sobresalientes del artista con las

cualidades más hermosas que pueden adornar al hombre. Dotado de una ilustración sólida y vasta, jamás actuaba de dómine pedante y sabía hacer gala de sus múltiples conocimientos, presentándolos siempre con una modestia y una sencillez encantadoras. Los éxitos inmensos que en su larga carrera obtuvo nunca le envanecieron; el incienso de las alabanzas, aun siendo éstas tan merecidas, no pudo nunca hacer mella en aquel corazón de oro y en aquella inteligencia privilegiada. Soler no dejó ni por un momento de ser el hombre de carácter franco, noble, cariñoso, que con más afecto, si cabe, estrechaba la mano del amigo humilde ó del pobre obrero, que la del personaje famoso ó del potentado. Un solo rasgo pinta su modestia: nunca quiso salir á la escena á recibir los delirantes aplausos con que el público acogía cada una de sus nuevas creaciones.

Uno de sus biógrafos ha escrito acerca de Soler el siguiente párrafo que no podemos menos de reproducir, porque es indudablemente el mejor retrato moral que de Soler y Roviroza puede hacerse: «¡Qué hermoso conjunto de cualidades las de Soler! Talento, perspicacia, finura de observación, una ilustración vastísima y el don de una conversación amena, chispeante, atractiva, seductora: la formalidad y el método como norma de todos sus actos; un amor sin límites á la cultura de su querida Barcelona, cuyos recuerdos del presente siglo conservaba cariñoso en su feliz memoria y atesoraba en sus repletas carteras; un espíritu sereno y abierto á todas las innovaciones, y lo que valía más, un corazón de niño que nunca envejecía.»

Soler y Roviroza nació en Barcelona el 24 de junio de 1836, y se educó en el Colegio de Carreras y en la Academia de Dibujo de don Lorenzo Ferris primero y en la de Bellas Artes después. Desde muy joven sintió irresistible vocación por el arte escenográfico, hasta el punto de que estando de dependiente en casa de su padre, acaudalado naviero, aprovechaba las comisiones que éste le encargaba fuera del escritorio para, una vez desempeñadas éstas con mayor actividad de la que cual-

quier otro hubiera puesto en ello, dedicar los pocos minutos que con su premura ganara á pintar en los

tero, visitando á Francia, á Bélgica y á Inglaterra, y á su regreso pintó con él varias decoraciones para el Principal y Circo Barcelonés y para el teatro de Gracia. En 1862, deseoso de emprender seriamente los estudios para su especialidad artística, marchó á París, en donde permaneció siete años en el taller de los célebres escenógrafos Cambón y Thierry, quienes le pusieron al frente de la sección de traza y perspectiva; y á su regreso en 1869 pintó para el Liceo los hermosísimos decorados de la *Pasión* y de la ópera de Verdi *Don Carlos*. En colaboración con Pla ejecutó luego las decoraciones de *El tulipán de los mares*, *Robinson Petit* y *Lo somni d'aurat*, y en 1873 montó un taller por su propia cuenta, pudiendo decirse que desde aquella fecha su nombre va unido á los más grandes éxitos teatrales de nuestra capital, hasta el punto de que algunas obras no fracasaron gracias á la magnificencia con que supo exornarlas Soler y Roviroza.

Citar el título de las comedias, zarzuelas, óperas y bailes para los cuales pintó las decoraciones el eminente artista sería tarea más que difícil; por esto, sólo mencionaremos los de sus principales producciones: *Las cent donzellas*, *Lo relotje del Monseny*, *De la terra al sol*, *Lo pont del diable* (zarzuelas catalanas); *Lo monjo negre*, *Judas de Kheriot*, *Jesús de Nazareth*, *Lo compte Arnau* (dramas catalanes); *La Virgen del Puar*, *Miss Hellyett*, *Miss Robinson*, *La Virgen del mar* (zarzuelas castellanas); *Don Juan Tenorio*, *El mágico prodigioso* (dramas castellanos); *La almoneda del diablo*, *La pata de cabra*, *La redoma encantada*, *La magia nueva* (comedias de magia); *Don Giovanni*, *Macbeth*, *Romeo e Giulietta*, *Aida*, *Nerón*, *Sansone e Dalila*, *Tristán e Isolda* (óperas); *Clymeneia*, *Clorinda*, *Lohokely*, *Parténope*, *Excelsior* (bailes de espectáculo).

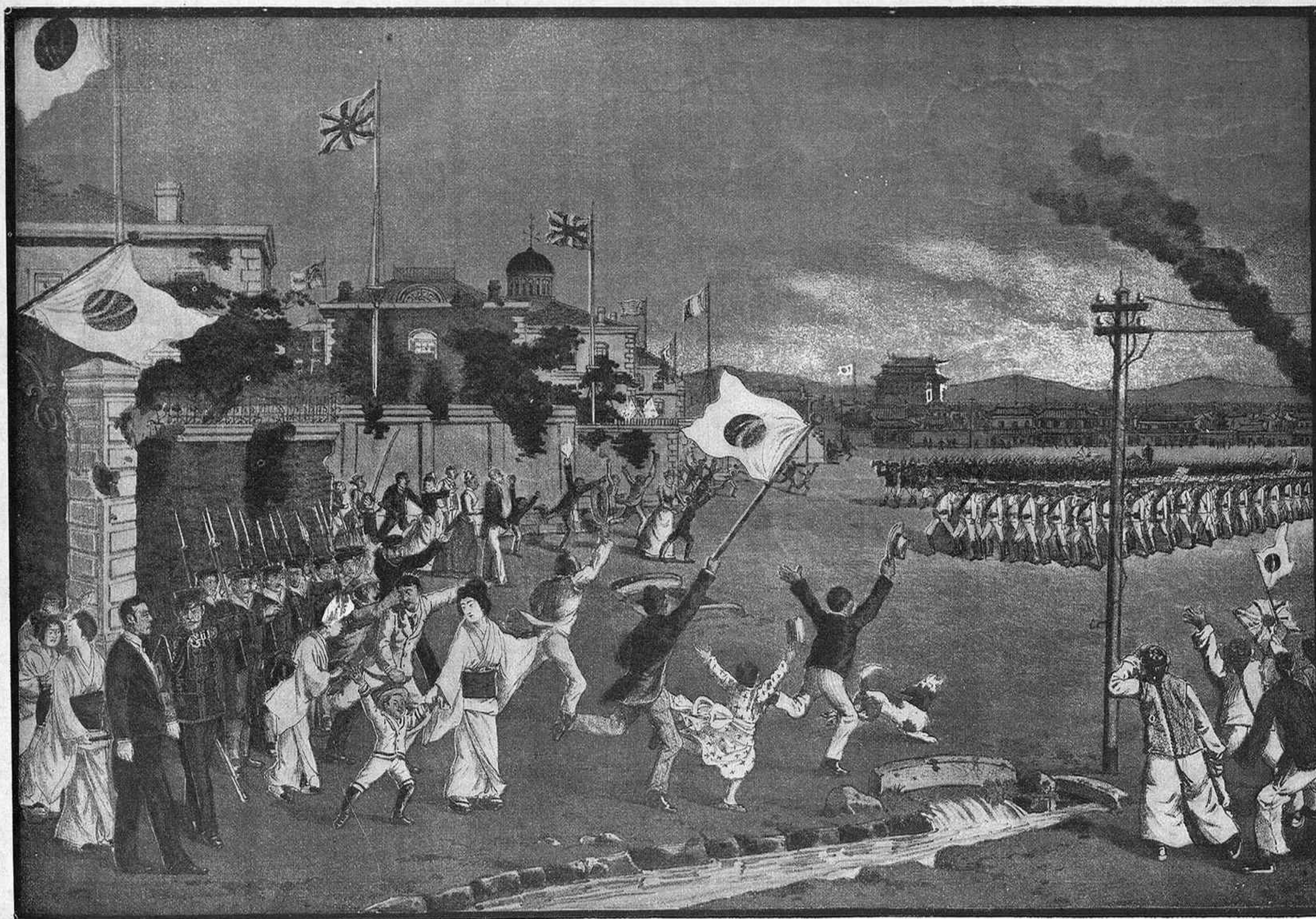
Cada una de estas obras fué para Soler un triunfo brillante, una serie de entusiastas ovaciones, porque en sus producciones se veía, no sólo al técnico como nadie conocedor de los grandes efectos escénicos, sino que también al hombre ilustrado, al sabio, al erudito que antes de coger la brocha hacía un estu-



El eminente pintor escenógrafo barcelonés D. FRANCISCO SOLER Y ROVIROZA, fallecido en Barcelona en 27 de noviembre último (de fotografía de Audouard).

talleres del teatro Principal. Y tal fué su afición y tales sus adelantos, que á los dieciocho años, en unión de su inseparable amigo Ballester, pintó las decoraciones del teatro Principal de Gracia y restauró las del teatro de Mataró.

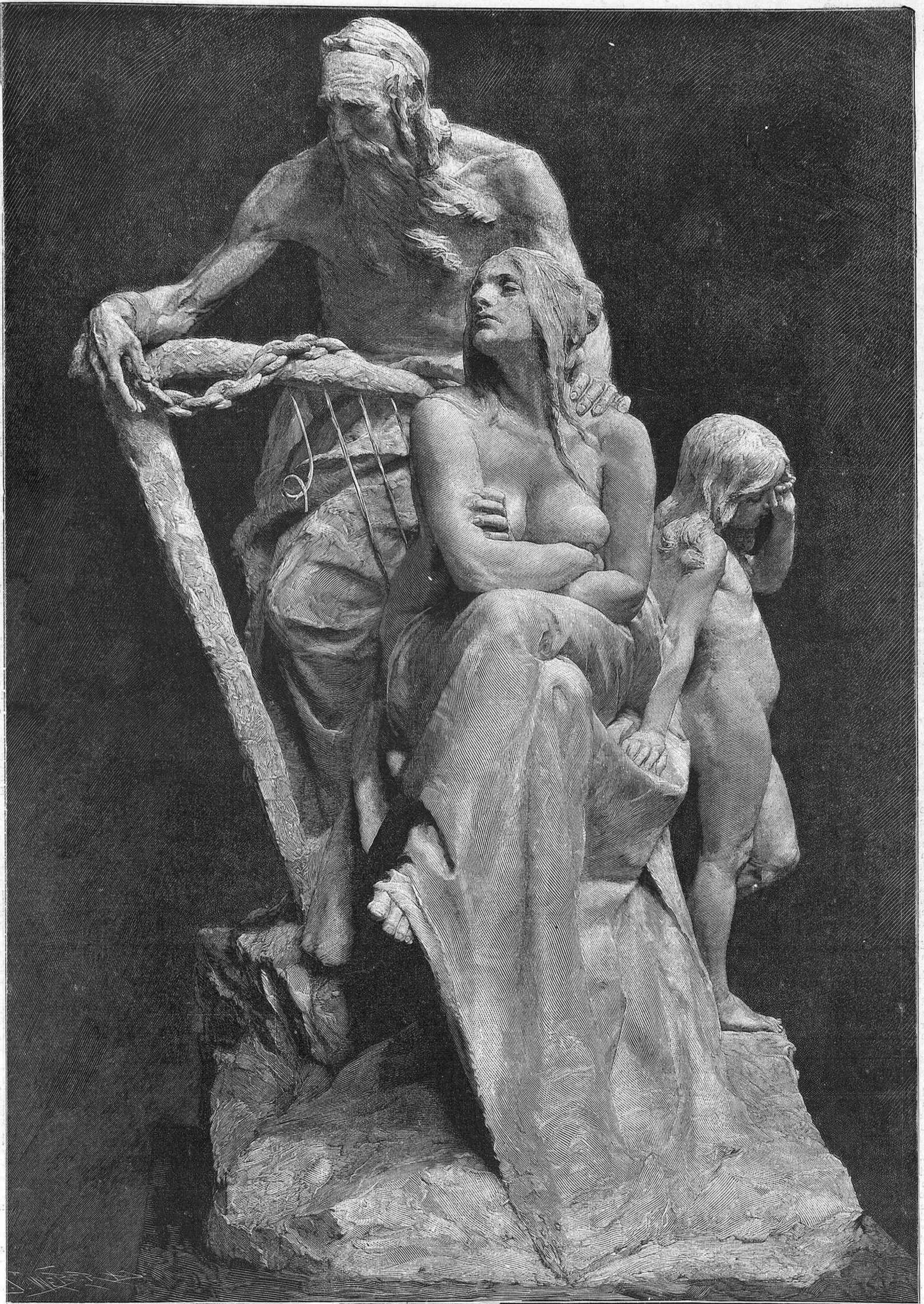
Con el propio Ballester hizo un viaje por el extran-



REGOCIJO DE LOS JAPONESES AL DESPEDIR Á LAS TROPAS QUE MARCHAN Á CHINA, copia de un dibujo de un artista japonés



JOVEN MORA, cuadro de Mme. Lucas Robiquet



BIBLIOTECA
MADRID

EN LAS MÁRGENES DE LOS RÍOS DEL PAÍS DE BABILONIA... (Salm. CXXXVI. 1.), grupo escultórico de G. Eberlein

dio profundo del asunto cuyo desarrollo se le encomendaba, para empaparse en el sabor de la época y no olvidar el menor detalle que pudiera contribuir á la propiedad de la *mise en scene*.

Aparte de los trabajos de arte escenográfico, deja Soler otros muchos en edificios públicos y casas particulares cuyo decorado se hizo bajo su dirección; y si pudiera formarse una cuenta de todo cuanto hizo el inolvidable artista, asombrarían el estudio, la actividad y la laboriosidad que su obra representa.

Soler y Rovirosa fué además un notable literato, no sólo en el terreno especulativo por sus vastos conocimientos, sino en la práctica, con la pluma en la mano ó como conferenciante en la cátedra. ¿Quién no recuerda sus admirables *causeries*, mejor que conferencias, sobre escenografía en el Ateneo Barcelonés?

Bajo todos conceptos ha sido, por consiguiente, Soler y Rovirosa una de las personalidades más salientes de Barcelona y uno de los artistas de mayor y más justa reputación en España y en el extranjero: su muerte es una gran pérdida para el arte; su nombre pasará á la posteridad como el de uno de los más ilustres hijos de Cataluña, y su recuerdo perdurará en el corazón de cuantos se honraron con su amistad y pudieron apreciar los tesoros de bondad y de cariño que encerraba su alma.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, al publicar su retrato, rinde un modesto, pero sentido tributo á la inolvidable memoria del amigo y del artista. — A.

NUESTROS GRABADOS

El presidente Kruger saludando á la multitud desde el balcón del hotel Scribe, en París.—En el número último nos ocupamos de la llegada á Europa del presidente de la República Sudafricana y dimos cuenta de las entusiastas ovaciones de que en todas partes ha sido objeto. Nada, pues, hemos de añadir como explicación del grabado que en esta página publicamos, y únicamente haremos observar á nuestros lectores la diferencia que se nota entre este retrato de Kruger y los que en otras ocasiones hemos reproducido: el venerable anciano lleva ahora escritos en su rostro el dolor inmenso que en su alma noble y bondadosa ha producido la inicua guerra de que es víctima la nación transvaalense y la honda amargura que en su corazón causan los sacrificios que los boers voluntariamente se han impuesto para defender la independencia de su patria, y quién sabe si también el abandono en que las naciones que de civilizadas y cristianas se precian han dejado á su pueblo, consintiendo que comience el siglo xx con la consumación de una de las más grandes iniquidades que registra la historia.

Preparando la cena; cuadro de Pablo Pascal.—El arte tiene el privilegio de poetizar los asuntos al parecer más prosaicos, cuando el pintor no los observa solamente bajo su aspecto puramente físico. Sin salirse de la verdad, sin incurrir en exageraciones idealistas, puede ver el artista con los ojos del alma algo más que el hecho material en sí, pues ora se trate de un espectáculo de la naturaleza, ora de una escena de la vida humana, cabe, además de la exteriorización de la impresión objetiva, imprimir en el lienzo cierto carácter subjetivo que reproduzca los sentimientos íntimos del autor. Sugiérenos estas reflexiones el bonito cuadro del celebrado pintor francés Pablo Pascal: el asunto no puede ser más sencillo, unos pobres pescadores preparando la cena en la misma lancha con que se lanzan al mar en busca del cotidiano sustento; y sin embargo, el artista ha sabido darle un tinte poético mediante la entonación general que tan hábilmente ha logrado disponer y que por modo tan admirable armoniza los suaves tonos del cielo bañado en la luz crepuscular, con los pálidos reflejos que del mar arranca el sol poniente, los tonos oscuros en que las figuras están en parte envueltas, con los brillantes resplandores del fuego en que se cuece la modesta cena.

Regocijo de los japoneses al despedir á las tropas que marchan á China, copia de un dibujo de un artista japonés.—Si la razón de Estado ha movido á las potencias europeas á intervenir en China en pro de sus respectivos intereses, el Japón, además de este motivo común á las demás naciones, se ha dejado llevar en el actual conflicto por el odio especial que hacia el pueblo chino siente y que no hace muchos años púsose de manifiesto cuando estalló la guerra entre los dos imperios asiáticos. Con la victoria que en aquella ocasión obtuvieron los japoneses, estos sentimientos, lejos de apaciguarse, se avivaron por el convencimiento que les dió de su inmensa superioridad sobre los hijos del Imperio del Centro. Así es que la contienda actual fué acogida en aquel país con verdadero regocijo, y la despedida que se hizo á las tropas expedicionarias fué una expresión de entusiasmo. El grabado que reproducimos, no como obra artística, sino como nota curiosa de actualidad, es una muestra de ese arte espontáneo con que todos los pueblos exteriorizan sus grandes sentimientos y una demostración de lo que dejamos dicho.

Joven mora, cuadro de Mme. Lucas Robiquet.—Los países orientales ejercen gran atracción sobre los que cultivan el arte, y la verdad es que pocos sitios ofrecen al artista tantos encantos y ocasiones tan excelentes para dejar volar á la imaginación sin apartarse de la verdad y del realismo. Con sólo retratar los tipos de sus habitantes, copiar sus trajes y re-



Kruger saludando á la multitud desde el balcón del hotel Scribe, en París

producir sus costumbres, tiene el pintor ancho campo para obtener esas notas exóticas y de brillantes colores, que más que de la observación podrían parecer hijas de la fantasía de un poeta, si no supiéramos que aquellos tipos, aquellos trajes y aquellas costumbres en realidad existen. La notable pintora francesa Mme. Lucas Robiquet ha dado pruebas de su buen gusto escogiendo para modelo del cuadro suyo que publicamos á esa joven mora de características facciones, vestida de ricas telas y adornada con preciosas joyas que, apartando el velo que oculta ante las gentes su semblante, contéplase en un pequeño espejo y parece expresar con la tristeza de su mirada una queja amarga contra la ley rigurosa que le prohíbe mostrar en público aquellos encantos reservados al que algún día sea su esposo y la sepulte en vida en el misterioso harén, no como amante compañera, sino como simple objeto de placer y de lujo.

En las márgenes de los ríos del país de Babilonia, grupo escultórico de Gustavo Eberlein.—Pertenece esta obra á uno de los más notables y laboriosos escultores berlineses, adepto ferviente de la escuela del famoso artista Reinhold Begas, cuyo estilo ha sabido asimilarse; es decorativa y pintoresca y tiene carácter monumental. Estas cualidades se observan no sólo en la admirable agrupación de las figuras, sino que también en la expresión de cada una de éstas, en el ambiente dramático en que está envuelto el conjunto. Lo mismo el anciano, que la mujer, que el niño revelan en sus rostros y en sus actitudes el dolor intenso que tortura sus almas; y en medio del realismo que en la escultura se advierte, hay algo que de lo material se sale, un soplo de vida que sólo los grandes artistas saben infundir en sus creaciones.

En el coro, cuadro de Mariano Oliver Aznar.—No hemos de esforzarnos en poner de relieve los méritos del distinguido pintor zaragozano Sr. Oliver, puesto que aquellos de nuestros lectores que conozcan sus obras habrán apreciado sus cualidades, y los que no se hallen en este caso comprenderán la valía del artista al examinar el primoroso lienzo que reproducimos, representando las oposiciones de un sochantre en el suntuoso coro de la iglesia del Pilar de la capital aragonesa. La disposición de las figuras, la entonación y la hermosa sillería del coro atestiguan el acabado estudio que ha realizado nuestro amigo y las aptitudes que atesora para la ejecución de cuadros de un género que, cual el á que nos referimos, exigen circunstancias especialísimas por las dificultades y escollos que es necesario salvar. Reciba el Sr. Oliver nuestros plácemes y la manifestación del deseo de que produzca nuevas obras de este género, en la seguridad de que alcanzará honra y provecho.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — BUENOS AIRES. — En la capital de la República Argentina se ha inaugurado un monumento dedicado al Dr. H. Burmeister, fundador del Museo de Historia Natural de aquella ciudad. El monumento es obra del notable escultor muniquense Ricardo Aigner.

LYÓN. — Se ha inaugurado el monumento á Carnot, obra del escultor Gauquier y del arquitecto Nodin: compónese de un obelisco que se alza sobre un basamento circular cuyas gradas inferiores forman, en la cara principal y encima de un estanque, las tazas escalonadas de una fuente. La estatua del infortunado presidente está colocada en la base del obelisco y rodeada de atributos simbólicos y de figuras alegóricas.

Teatros. — París. — Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia Francesa *Alceste*, drama en cinco actos y en verso de Jorge Rivollet, inspirado en el *Alceste* de Eurípides; y en el teatro Antoine *Sur la foi des étoiles*, drama en tres actos de Gabriel Trarieux, y *Main gauche*, comedia en tres actos de Pedro Veber.

Madrid. — Se han estrenado con buen éxito: en la Zarzuela *La mallorquina*, zarzuela en un acto de Pérez Zúñiga con música del maestro Jiménez, y en la Princesa *La guelta é Quirico*, pieza en un acto de D. Pablo Parellada. En el Real ha debutado con la ópera *Lohengrin* el tenor Sr. Palet, que ha sido muy aplaudido y en quien la crítica ha reconocido un artista de gran porvenir.

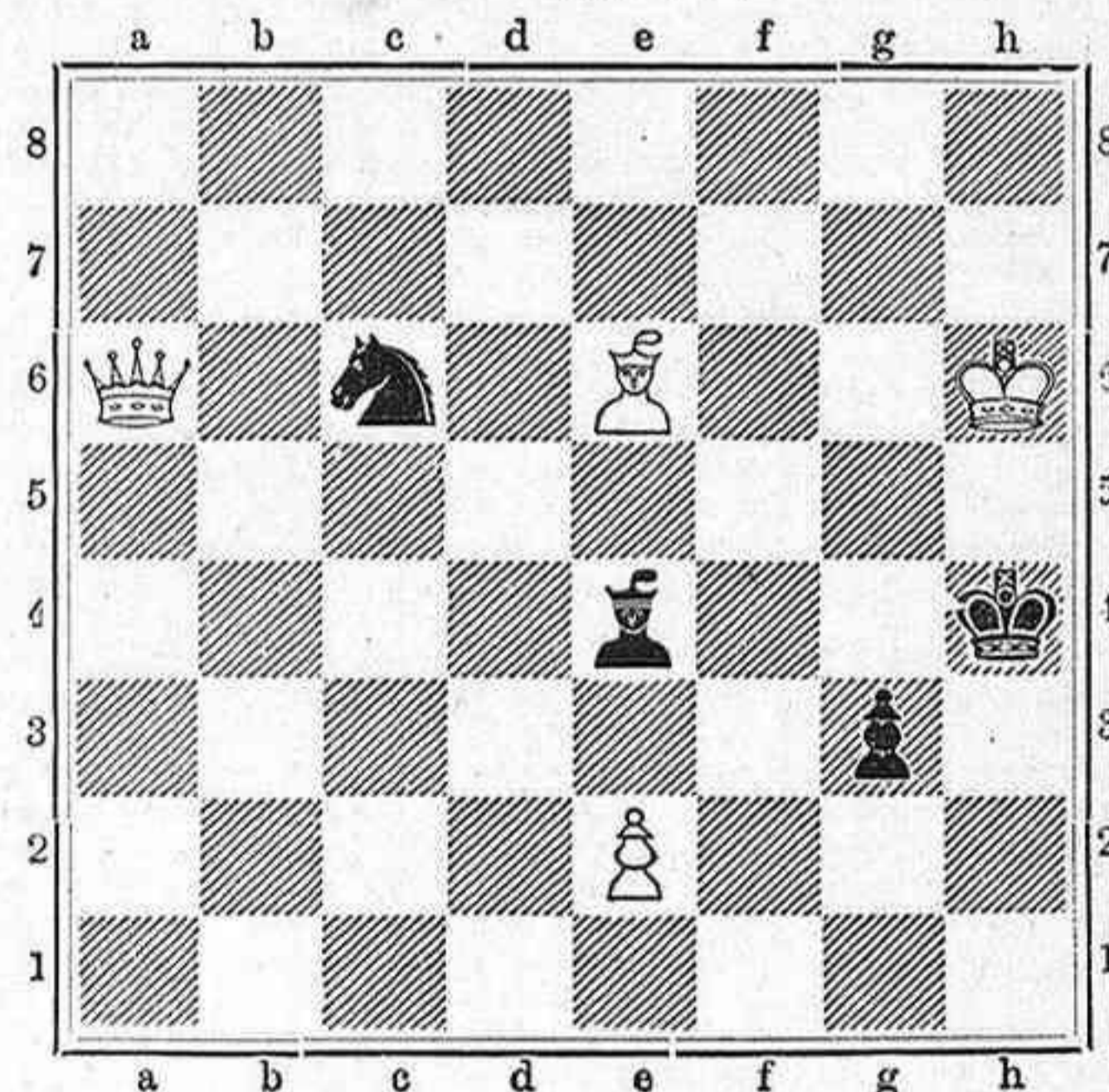
Barcelona. — Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *Un eclipse de luna*, pieza en un acto de Federico Fuentes (hijo), y en el Eldorado *El fondo del baúl*, revista en un acto y cinco cuadros de Jackson Veyán, con música de Valverde (hijo) y Barrera.

Hay polvos de arroz de todos los precios, pero las personas cuidadas de su salud han adoptado los **POLVOS SIMÓN**, cuyo suave perfume obtiene en todas partes el más vivo éxito. **Medalla de Oro en la Exposición Universal de París de 1900.**

Para tener un precioso cutis y una piel suave como raso, usad sólo la verdadera **AGUA GORLIER** y los **POLVOS DE ARROZ LA FAVORITA.**

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 220, POR PH. KLETI
NEGRAS (4 piezas)



BLANCAS (4 piezas)
Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 219, POR G. CHOCHOLOUS

- | | |
|-----------------------------|---------------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Cf4-e6 | 1. Re5-f6 |
| 2. Db7-e7 jaque | 2. R toma D ú otra. |
| 3. g7-g8 (C) ó Ce6-d4 mate. | |

VARIANTES

- | | |
|--------------------|----------------------------|
| 1.... Ag6-h7 ó e4; | 2. Db7-b2 jaque, etc. |
| 1.... Re5-f5; | 2. Db7-f3 jaque, etc. |
| 1.... Ce8-f6; | 2. d3-d4 jaque, etc. |
| 1.... Ag6-d3; | 2. Db7-d5 jaque, etc. |
| 1.... Otra jug.," | 2. Db7-d5 ó b2 jaque, etc. |



Notó pronto Inés en las caras de Eleuterio y Cosme que algo grave pasaba

LA VENGANZA DE INÉS

NOVELA ORIGINAL DE F. PI Y ARSUAGA. — ILUSTRACIONES DE GASCÓN DE GOTOR

Cuando Inés salió aquel día de la fábrica de cigarreros, halló á la puerta á su primo Eleuterio y al zapatero Cosme, viejo vecino del entresuelo de la misma casa en que la alegre cigarrera vivía con su Juan.

Notó pronto Inés en las caras de Eleuterio y Cosme que algo grave pasaba. Aquel encuentro no podía ya menos por sí solo de extrañarle. Eleuterio iba algunos días con Juan á esperarla; pero el remendón no dejaba jamás su taburete. Su presencia en el portalón de la fábrica á tales horas era significativa.

Buscó en seguida Inés entre ellos á Juan, y al no verlo preguntó por él. Los dos pareció que querían contestar á un tiempo; pero los dos callaron como si las palabras hallasen algún estorbo que las impidiese salir. Revelaba el aspecto de aquellos hombres rara agitación. Se veía claro que no acertaban á disimular una emoción profunda.

Inés volvió á preguntar, alarmada por aquel silencio:

— ¿Y Juan? ¿Y Juan?

Un numeroso grupo, una verdadera avalancha de cigarreras que salía en aquel momento de los talleres, empujó hasta la calle á Inés y á los dos hombres, y se detuvo luego atraída por las voces de aquella pobre compañera que seguía preguntando ansiosa por su marido.

El zapatero rectificó la colocación de sus anteojos, como si con esta operación pretendiese darse tiempo en que recobrar la serenidad perdida, miró á Inés un instante y dijo:

— No te apures, Inesilla. Juan...

El pobre Cosme no pudo continuar.

Eleuterio entonces acudió en su ayuda.

— Sí, Juan..., exclamó con embarazo.

Y después de detenerse también durante algunos segundos, en que la ansiedad abría á Inés desmesuradamente los negros ojos, continuó Eleuterio:

— Juan ha sufrido un golpe. No te asustes. Vamos á casa, vamos á casa.

E intentó arrastrar á Inés fuera del grupo que los rodeaba, cada vez más engrosado por los transeuntes que se iban deteniendo á curiosar lo que ocurría.

— ¡Jesús! ¡Jesús!, gritó Inés aturdida, llevándose ambas manos á la cabeza.

Luego, como presintiendo toda la extensión de su desgracia, quiso en un arranque de desesperación romper violentamente la espesa muralla de carne que le privaba el paso; pero se detuvo pronto de nuevo para gritar:

— No me engañéis. ¿Dónde está Juan?

— Está, contestó Eleuterio que se había recobrado un tanto, en la casa de socorro; pero no te apures. Luego iremos. Allí le acompañan Tomasa y Lorenza y Pascual...

— ¡Hombre de Dios!, interrumpió Inés fuera de sí. ¿Que no me apure, que no me apure? ¿Dónde está Juan? ¿Dónde está esa casa de socorro? ¡Pronto! ¡Pronto!

Y entregándose á un arranque de ternura:

— ¡Juan! ¡Juan de mi vida!, comenzó á decir. Si ya lo sabía yo. ¡Malditos andamios! ¡Juan! ¡Juan!

E Inés pateaba el suelo, y desgredada y enloquecida, avanzaba dos pasos y los desandaba después, y codeaba á los curiosos buscando la salida, y tornaba á pararse mesándose los cabellos.

La gente, cediendo en sus movimientos á estas desesperadas indecisiones de Inés, ya se apartaba para dejar el paso libre, ya se apiñaba de nuevo para no perder un detalle de aquella escena conmovedora.

— ¡Pobre Inés!, murmuraban algunas cigarreras, tratando en vano de consolarla.

— Ten calma, le gritaban otras.

— No habrá sido cosa mayor, decía una.

— No merecen los hombres, gritaba una vieja, lo que nos hacen llorar. ¡Qué no cargara el demonio con todos ellos!

— ¿Otro albañil que ha caído de un andamio?, preguntaba un transeunte de cara *feroche*. ¡Malditos gobiernos!

— Vamos, vamos andando, repetía el zapatero entre miedoso y confuso.

Hubo un momento de indescriptible confusión. Inés insistió entre gritos que parecían rugidos en que se le dijese la casa de socorro en que estaba su marido, su Juan, y logró al fin saber que en la de la calle de Jacometrezo.

— ¡Un coche! ¡Un coche!, gritó Inés.

El compacto grupo de curiosos se disolvió cuando Inés y sus acompañantes hubieron subido á un modesto carruaje de alquiler que á todo escape partió por la calle de Embajadores arriba.

Algunas cigarreras, amigas de Inés, se encaminaron en la misma dirección que el coche. Querían saber el final.

En la casa de socorro la escena fué desgarradora. Juan había caído de lo alto de los andamios colocados en una casa de la plaza de Santo Domingo, casa en cuyo revoco trabajaba. La caída había sido horrible. Juan tenía los dos brazos rotos, el cráneo partido. Respiraba apenas cuando Inés entró, sin que nadie pudiera detenerla, en la sala en que el cuerpo del desgraciado albañil descansaba tendido sobre el colchón recubierto de hule que cubría una cama de operaciones.

Juan agonizaba. Inés no había llorado todavía. Allí, sobre el cuerpo inanimado del pobre Juan, se desbordó el raudal de su llanto, como si el corazón se le hubiese abierto y en vez de sangre saliesen de él lágrimas y más lágrimas. Era aquel llanto violento y ruidoso, y á él se mezclaban ayes no concluidos, maldiciones extrañas, gritos salvajes de traducción imposible.

Juan no pudo apreciar los besos ni las caricias de aquella pobre mujer, trastornada por su inesperada desventura.

Los pocos espectadores de la triste escena parecían haberse puesto de acuerdo para no turbar las ruidosas manifestaciones de tan supremo dolor. Los más cotenían con dificultad las lágrimas que les querían saltar de los ojos.

El médico hablaba por el teléfono de la habitación contigua. Daba aviso al Juzgado de guardia. Un escribiente garrapateaba las primeras líneas de una certificación.

A la cabecera del moribundo, un practicante con los brazos cruzados esperaba impasible que la muerte acabase su obra.

Entretanto los curiosos, abundantes siempre, se aglomeraban á la puerta de la siniestra casa, y el encarnado farol de la entrada alumbraba con sus resplandores rojos la masa negruzca que á despecho de las intimaciones de los municipales para que se disolviera, se empujaba, se codeaba, se estrujaba; todos pretendían alcanzar un primer puesto, todos querían recoger algún grito, ver, si era posible, algún retazo del cuadro desconsolador que se estaba desarrollando.

Las multitudes son siempre así. Gustan más de los dramas de la calle que de los del teatro.

* *

Venciendo todas las dificultades burocráticas, Inés consiguió que el cadáver de Juan fuese trasladado á su casa, al cuarto más que modesto de la calle del Avemaría. Desaparecieron de la reducida sala el viejo brasero de copa, las sillas de paja y la frágil mesa redonda con su tapete hecho de pedacitos de tela de todos los colores, y en substitución de estos muebles fué colocada allí, alumbrada por amarillos cirios, la fúnebre caja en que se depositaron los restos del albañil sin ventura. Inés misma lo amortajó con el traje de los días de fiesta.

La alargada sombra de los redondos cirios vino así á compartir durante algunas horas con cuatro estampas de la vida del caballero Bayardo la tarea de alterar la monotonía de aquellas paredes blancas.

Porque Inés tenía buenas manos para el trabajo, y había reunido en un rincón de la cómoda algunos ahorros que no le importaba dedicar á su Juan como última prueba del respeto y el amor que le merecía su memoria.

Juan no había sido nunca económico, y de su jornal no se pudo jamás contar sino con una parte, y eso que Inés le proveyó siempre de buen tabaco, gracias á los hurtillos en su obsequio hechos, á pesar de todos los vigilantes de la fábrica. Ya no tendría que pasar más apuros por su Juan. ¡Pobre Inés!

Velaron el cadáver con ella la Tomasa y su marido Eleuterio, el zapatero Cosme y algunas compañeras de rancho.

Fué el entierro un acontecimiento en la calle. Llevó el pobre Juan su coche de dos caballos y su caja de tablas forrada de merino negro con galones dorados.

El dolor de la viuda era sincero, y en vano pasaron meses y meses sobre su desgracia.

La salita en que estuvo el cadáver no recuperó en mucho tiempo su aspecto ordinario.

Inés guardaba como preciosa reliquia las ropas con que Juan murió. Estaban envueltas en una sábana y eran las ropas de trabajo; unos calzoncillos, una camisa, una almilla de abrigo, un pantalón de pana, otro de percal blanco, un chaleco y una blusa, todo manchado de sangre. ¡Cuántas veces miró Inés aquel siniestro envoltorio sin atreverse á tocarlo!

Un día llegó, empero, en que hubo de decidirse á recorrer con la mirada aquellas prendas, símbolo de su pasada ventura y su desdicha presente.

En el bolsillo del pantalón estaba aún el pañuelo azul, en los del chaleco el reloj de metal con su gruesa cadena y algunas monedas de plata menuda y de cobre. Todo lo iba Inés colocando en uno de los cajones de la cómoda. En el bolsillo de la blusa encontró la petaca. Tenía algunos cigarros de aquellos que hacía ella misma y tanto envidiaban á Juan los demás trabajadores. En la petaca había algo más, había un papel que Inés desdobló. El papel estaba escrito; pero Inés no sabía leer. ¿Sería el papel alguna nota de Juan? ¿Acaso algún apunte de su trabajo? ¿Quizá de alguna deuda? Inés quiso enterarse y bajó al entresuelo.

— Léame usted eso, dijo á Cosme.

El pobre zapatero se afirmó los anteojos, movimiento muy peculiar en él cuando variaba de ocupación ó quería dar solemnidad á sus actos, y leyó:

«Hay peligro, pueden vernos; pero haré como siempre lo que tú quieras. El miércoles, de dos á tres, en la pradera del Canal. Es tuya T.»

Inés se hizo repetir la lectura. Después dió las gracias á Cosme y subió á su cuarto, repitiéndose maquinalmente el extraño contenido del papel: «...haré como siempre lo que tú quieras... El miércoles...» Era una cita, y una cita de mujer.

Lo veía y no lo creía. ¿Era posible que su Juan la faltara? Ella que se lo toleraba todo, las borracheras de algunos sábados, los paros demasiado seguidos, el tute de larga duración de la taberna, todo, todo sólo porque su Juan, eso sí, para ella tenía siempre palabras dulces, con ella era siempre enamorado; de todo podía acusarle menos de perjurio.

Aquel papel era, sin embargo, una revelación. Juan la había engañado. Tal descubrimiento aplanó del todo por de pronto el espíritu de Inés. Ideas contradictorias se disputaron su cerebro, sentimientos distintos conturbaron á un tiempo su corazón. Toda su ternura hacia la memoria de Juan, todo su amor de toda la vida sufrió algo así como una suspensión repentina, algo así como si un dedo invisible hubiera en la máquina de su vida parado de un golpe todo impulso afectuoso.

Juan la engañaba; pero ¿cómo y con quién?

«... Haré como siempre..., como siempre, repetía Inés, como siempre lo que tú quieras.»

Inés combinó circunstancias, reparó coincidencias, recordó fechas. Juan había muerto el sábado anterior á la semana de Carnaval. La cita era, pues, para el Miércoles de Ceniza y en el Canal, sitio poco á propósito para aventuras amorosas, pero á un tiempo lugar de fiesta en que la misma aglomeración de gente podía favorecer la impunidad. Aquello había sido sin duda algún capricho de Juan, que no siempre discurría sereno; significaba quizá la prueba de abnegación exigida á la mujer para que demostrase estar dispuesta á sacrificárselo todo.

El descubrimiento del terrible secreto acabó por despertar en Inés ferezas dormidas.

Había pasado casi un año desde la muerte de Juan. ¡Qué sentimiento tan distinto al que le había embargado entonces el que le embargaba ahora! Sentía hoy un dolor íntimo, intenso, pero un dolor menos franco que el dolor aquel. Aquel dolor enervaba, desfallecía, mataba; éste vigorizaba, encolerizaba, empujaba.

¿Quién era ella? Había que averiguarlo.

Inés pasó mucho rato contemplando las letras escritas en aquel papel. No las entendía, no podía descifrarlas; pero las interrogaba, seguía sus rasgos y recordaba lo que decían como si realmente lo leyera. «Pueden vernos...», pero haré como siempre...»

Este «como siempre» era un puñal que tenía clavado en el corazón.

Porque, lo que ella pensaba: luego los amores no eran de un día, eran de siempre. Y estaba bien dicho todo aquello. No era el lenguaje de una pobre cigarrera. Sabía algo más la que había escrito el papel.

Recorrió Inés mentalmente la lista de sus conocidas, buscando entre ellas una que le pareciese más ilustrada, más leída y escribida que las demás. Nada descubría. ¡Bah, sería la incógnita alguna extraña!

A fuerza de cavilar llegó Inés á fijar su atención

hasta en Tomasa, la mujer de su primo Eleuterio. Pero ¡cal!, no podía ser.

Había visto el misterioso «tuya T» desde el primer instante; pero no había podido ocurrírsele que aquella T significase Tomasa.

Gozaba Tomasa fama de bien educada. Había ido al colegio mucho tiempo. Hablaba de todo y hacía gala de saberlo todo; era una medio señorita, hija de un guarnicionero de la calle del Amparo que había muerto pocos años antes.

Pero si el estilo y la T de la firma daban consistencia á la sospecha, ¿cómo era posible que la amiga, que la parienta, que la esposa de su primo Eleuterio, que era el mejor de los hombres, faltase tan descaradamente á sus deberes? Eleuterio no era hombre para dejarse engañar, porque á honrado no le ganaba nadie; pero á genio tampoco. Además, ¿era posible que se expusiese Tomasa nada menos que á ir con un hombre al Canal como cualquier pelandrusca?

No; pero... «Hay peligro, pueden vernos...»

Se trataba de una mujer que corría peligro, que temblaba que la vieran.

Cabía en lo verosímil que fuese Tomasa. No, no, no, no era Tomasa.

Entregóse Inés largo rato á la más profunda de las meditaciones.

Luego fué como todos los días á la fábrica; pero salió de ella más temprano que nunca, y acompañada por la *señá* Polonia, maestra antigua, persona de experiencia y administradora de un caballero rico que prestaba por su conducto á las obreras á razón de una peseta por cada cinco á la semana.

Recorrieron las dos varias calles de Madrid. Inés se quedaba de cuando en cuando en una esquina y la *señá* Polonia se adelantaba para entrar en algún portal y hablar con la portera ó con el chiquillo en sus ausencias encargado de cuidar la entrada. Después salía Polonia y volvían las dos á emprender su camino.

Inés quedó satisfecha de sus pesquisas. La *señá* Polonia lo averiguó todo. La niña de la portera de más abajo de la casa en que vivía Eleuterio era la encargada de dar los recados. El Sr. Juan, como ella decía, era muy rumboso, y le solía dar caramelos, almendras y á veces diez céntimos, y hasta un día de la Cruz de Mayo le dió un real.

Atando un cabo de aquí con otro de allá, se vino á esclarecer que Tomasa y Juan se entendían; que Tomasa y Juan se amaban hacía mucho tiempo; que Tomasa y Juan, en fin, frecuentaban cierta casa de la calle del Olivar que tenía en la ventana un farol como los que hay en las peluquerías, pero en el que no decía nada, sin duda para dejar á los transeuntes en libertad de hacer toda clase de conjeturas.

¡Qué desesperación la de Inés! ¡Qué dolor el suyo! ¡Qué maldiciones las que salieron de su boca! ¡Qué de palabrotas vomitaba!

¿Es decir, que se habían estado riendo de ella? ¿Es decir, que sus lágrimas tan abundantes y tan sinceramente vertidas habían servido de chacota y de burla? ¿Es decir, que había llorado sobre un cadáver que no la pertenecía? ¿Es decir, que sus caricias si hubieran podido ser sentidas por Juan no habrían sido apreciadas? ¡Ah! Antes de llegar ella á la casa de socorro había él recibido ya las más dulces para su corazón, las de Tomasa.

Y á todo esto, sin poder ya deshacer lo hecho, sin que le quedara siquiera el placer de la venganza. Porque si en vida de Juan hubiese descubierto el engaño, ella era muy mujer para haber ahogado su cariño, y para haberse arrancado el corazón, y para haber plantado inmediatamente en la calle á Juan ó haber hecho que entre él y la Tomasa estallase la de Dios es Cristo.

Ya nada era posible. El muerto estaba en el campo santo, y ¡qué le importarían sus maldiciones!

Inés llevó en su furor el pensamiento hasta el sacrilegio mismo. En el primer instante hubiera pateado aquella tumba tantas veces regada por sus lágrimas, hubiera removido aquella tierra acariciada tantas veces por sus manos, escudriñada tantas veces por las miradas de sus ojos que hubieran querido filtrarse por entre los granos de arcilla para llegar hasta el cadáver bendito.

La *señá* Polonia trató en vano de calmarla.

Inés quería vengarse y la *señá* Polonia no tuvo más remedio que pensar en la venganza. Según ella, lo mejor era hacer escribir un anónimo y dirigirlo á Eleuterio, revelándole en él con pelos y señales la traición de Tomasa. Eleuterio la arrastraría por los pelos, Eleuterio e sacaría los ojos. ¡Bonito genio tenía para estas cosas Eleuterio!

Al separarse Inés de la *señá* Polonia, parecía conforme con su proposición. Cuando estuvo sola cambió sin embargo de idea. ¿Qué significaba eso de un anónimo? ¿No le sobraba la razón? ¿No era Tomasa

una grandísima perdida? ¿Por qué no había de vengarse de ella cara á cara?

No; á ella, mujer decente; á ella, esposa pura, no podían asustarle los peligros, á ella no podía importarle que la vieran.

Tomó, en fin, una resolución. Faltaban unos cinco ó seis días para el Miércoles de Ceniza. Inés decidió esperar á que llegase, y cuando ese día amaneció se puso su mantón de rayas, se ató á la cabeza su pañolón de seda y fué al encuentro de su rival.

Llegó á la casa de Eleuterio; y apenas cambió con Tomasa los ordinarios saludos, dijo á ésta:

— Vengo para que vayamos á enterrar la sardina.

— ¿Cómo de tan buen humor?, preguntó sonriendo Tomasa.

— Ya ha pasado un año. ¿Y no te acuerdas, añadió luego Inés con intención, que hoy es Miércoles de Ceniza y es día de ir á la pradera?

Esta pregunta intencionada, insidiosa, heló la sonrisa en los labios y la sangre en el corazón de Tomasa. Se esforzó por reponerse y no lo consiguió sin gran trabajo.

Inés no perdió ni un movimiento, ni un gesto de Tomasa.

— Hemos de ir, añadió con resolución que tenía mucho de provocativa.

Tomasa comenzó entonces á buscar disculpas. Había poco tiempo para hacer la merienda; Eleuterio no estaba en casa, y no sabía si vendría pronto; ella no se encontraba bien.

Inés no aceptó ninguna de estas razones. La merienda se improvisaría en un momento ó se compraría en la misma pradera; Eleuterio no podría menos de venir á la hora de la comida; el malestar de Tomasa se pasaría con el aire del campo y con la distracción.

Tomasa no sabía qué pensar. Temía pecar de demasiado recelosa. ¿Sería todo aquello una simple coincidencia? Aunque no lo fuera, ¿qué propósitos podía tener Inés? ¿Acaso hacerla saber solamente que estaba enterada de sus amores? ¿Acaso sondear, sólo sondear en busca de la confirmación de alguna simple sospecha? ¡Ah! No le faltaría serenidad para defenderse. Era necesario no precipitarse; pero sí prevenirse.

Tomasa mostraba su conformidad con el proyecto de Inés y se disponía á preparar la merienda cuando entró Eleuterio. Enteróle Inés con alegría desusada de su deseo, mostró muy apagados sus dolores de viuda, proclamó extinguidos sus lutos por el transcurso de un año, y Eleuterio, que era en efecto hombre bonachón, animó á Tomasa, mandó un recado á Cosme, el zapatero, para que los acompañase; y cuando todo estuvo arreglado, salió mi gente á la calle, montó en una jardinera de alquiler, y ahí va la caravana, alegre en apariencia, como otras muchas, levantando el polvo de la carretera camino del Canal.

— ¿Falta aún mucho?, preguntó una vez Inés.

— No, dijo Eleuterio, estamos cerca.

— Quiero llegar antes de las dos.

— ¿Tienes apetito?, se atrevió á preguntar Tomasa, como tratando de desviar el giro de la conversación, quizá de conocer más á fondo el alcance de las palabras de Inés.

— Es que tengo cita, replicó Inés con retintín, y añadió: Quiero ser puntual.

Tomasa palideció. Indudablemente Inés lo sabía todo. ¿Qué se proponía?

Eleuterio se echó á reír. Cosme sonrió también con esa risita falsa tan corriente en los viejos. La respuesta de Inés les había parecido graciosa.

Llegaron nuestros héroes á la pradera del Canal.

Es la fiesta del entierro de la sardina en Madrid, una fiesta popular, pero quizá la menos característica de todas. Es de un sabor menos agradable que las demás de su género. Ünense en ella el Carnaval y la falta de educación; y si el uno y la otra son, separados, peligrosos, ¡cálculense lo que serán juntos!

Tiene de vistosa la concurrencia de muchas comparsas y de buen número de máscaras de gusto muy dudoso. Ofrece así un todo abigarrado, en que el color abunda, aunque deslucido de ordinario por la falta de luz, pues el sol todavía en febrero suele aparecer en Madrid las más de las veces velado por negruzcas nubes. Falto de luz el cielo y de ropaje los árboles, no pueden por sí los disfraces de múltiples colores que la violencia combina ofrecer el conjunto agradable de la fiesta de San Isidro, en que, bajo un sol espléndido y en medio de una naturaleza más rica, lucen los trajes populares sus variados matices.

Aquí un Pierrot con su holgada blusa, ennegrecida por el uso de tres días de baile y de desorden, merienda entre un corro de diablos improvisados con colchas de la cama y cuando más con atavíos de encarnada y verde percalina. Allá un hombre ves-



El pobre zapatero se afirmó los anteojos y leyó: «Hay peligro, pueden vernos...»

tido con números de periódicos mal cosidos á su ropa ordinaria, empina la bota que le ofrece una mujerzuela disfrazada de Locura, con gorro de cascabels y falda de picos con igual aditamento. Payasos, estudiantes de manteo con su cuchara, hombres groseramente vestidos de mujer, mujeres torpemente vestidas de hombre, todo eso mezclado entre comparsas y curiosos, vendedores ambulantes y puestos de comestibles, se encuentra el Miércoles de Ceniza en la pradera del Canal.

La fiesta de San Isidro no se ve más que en Madrid. La del Miércoles de Ceniza puede verse en cualquier parte.

San Isidro es la fiesta del pueblo. El Miércoles de Ceniza es la orgía de una parte de él. En la mayor parte de los semblantes se ve pintada la fatiga y el insomnio. San Isidro es el saludo del pueblo á la primavera. El Miércoles de Ceniza es el saludo forzado á la cuaresma triste.

Eleuterio y Cosme con las dos mujeres se sentaron en el suelo cerca de un árbol y comenzó la merienda. Dió el remendón durante ella prolongados saludos á la bota del tinto. El pobre viejo disfrutaba aquel día como pocos. Una bien regada merienda había sido para él siempre plato de gusto.

Inés preguntó varias veces la hora.

Cuando Eleuterio le anunció que eran las dos, Inés se dirigió á Tomasa diciendo secamente:

— Tomasa, las dos.

Tomasa se estremeció; pero aparentando una tranquilidad que no sentía, repuso:

— ¿Y qué?

Inés siguió:

— Que es la hora de la cita.

Y luego con mucha calma y un poco de chunga, añadió mirando fijamente á Tomasa:

— «Hay peligro; pueden vernos; pero haré como siempre, como siempre, lo que quieras. El miércoles...»

Tomasa no la dejó seguir, y más que dijo, rugió llena de terror:

— ¡Calla! ¡Calla!

Eleuterio miró asombrado á las dos mujeres. El remendón sonrió estúpidamente, sin saber lo que hacía. El vino se le había subido á la cabeza.

— «El miércoles, continuó Inés, en la pradera del Canal. Es tuya T.» Es miércoles, agregó después levantando mucho la voz. Es miércoles, Tomasa. ¡Miércoles por miércoles!

Tomasa comprendió que nada podría detener á Inés. Sintió que el recuerdo se le desplomaba encima.

— ¡Mientes! ¡Mientes!, gritó desesperada.

Y levantándose furiosa, se arrojó sobre Inés; pero este movimiento, que nadie pudo impedir, favorecido además por la gritería y la confusión propias del sitio en que se hallaban, no estorbó los propósitos de

Inés, que apoderándose rápidamente de la navaja que Eleuterio había sacado para partir el pan y sin necesidad de recurrir á la que á prevención llevaba en el bolsillo, hundió toda la hoja en el cuello de Tomasa. Las dos rodaron sobre los restos de la merienda. Tomasa arrojando abundante sangre, Inés abrazada á ella y sin soltar el arma vengadora.

Aglomeróse como es de suponer la gente. Diablos y payasos, arlequines y estudiantes acudieron en montón al lugar de la escena.

El zapatero quiso levantarse y cayó sobre las combatientes. Eleuterio, anonadado, no acertaba á comprender lo que ocurría.

Cuando Inés se pudo poner en pie, ya estaba allí la pareja de la guardia civil; y mientras Tomasa se revolcaba en su propia sangre, que brillaba al deslizarse sobre las servilletas blancas, y empapaba los trozos de pan que en ellas había, y corría á mezclarse con el barro del camino, la vengativa mujer, sacando del pecho el papel hallado en las ropas del difunto, lo alargó al estupefacto Eleuterio, que trataba de socorrer á la víctima; y entregándose á los guardias, gritó:

— ¡No te apures, hombre! ¿No ves que estaba citada aquí con mi Juan desde el año pasado? Tenía que cumplir su palabra. Tenía que juntarse con él.

F. PI Y ARSUAGA.

KWAKKIYO, CUENTO JAPONÉS

Vivía en otro tiempo en una comarca apartada y montañosa una familia pobrísima, compuesta de un viejo matrimonio y un hijo; duro era el trabajo que por ganarse el sustento sobre ellos pesaba, mas aquellas gentes estaban contentas con su suerte y nunca les abandonaba el buen humor. Cuando el hijo fué ya un hombre y un trabajador excelente, casóse con una buena y laboriosa muchacha de la vecindad, que no tardó en hacerle padre de una linda niña, fausto suceso que no menos que á los padres llenó de júbilo á los ancianos abuelos.

Todo iba bien, hasta que un día el abuelo enfermó, y murió á pesar de los cariñosos cuidados que su mujer y su hijo le prodigaron.

A partir de aquel momento, todo el peso de la casa recayó sobre el hijo; pero éste, cuyo nombre era Kwakkiyo, no se apuró y, antes al contrario, redobló sus esfuerzos para atender á las necesidades de los suyos y procuró que su madre no pudiese ni por un momento pensar que era para él una carga. Así, la rodeaba de atenciones y satisfacía sus menores deseos, sobre todo cuando la pobre vieja empezó á padecer los achaques propios de su edad.

De pronto, con gran desconsuelo de Kwakkiyo, sobrevino una gran calamidad, las cosechas se perdieron, y sólo unos pocos pudieron recoger lo necesario para no morir de hambre. Esta y la peste causaron numerosas víctimas. Kwakkiyo se vió libre de la enfermedad, y así pudieron ir tirando él y los

suyos, no sin penas y trabajos. Pero al fin le faltaron las fuerzas. ¿Qué hacer en tan apurado trance? Mantenerse á sí mismo, á su madre, á su mujer y á su hijo era imposible, y puesto en el caso de ofrecer una víctima á los dioses, ¿quién había de ser sacrificado? De buena gana habríase ofrecido él en sacrificio; pero entonces todos los suyos habrían también perecido de hambre. Su mujer, bien lo sabía él, se habría también prestado gustosa á dar su vida por los demás; pero su ayuda era indispensable, pues era la que llevaba la casa y ejecutaba todas las faenas domésticas mientras Kwakkiyo estaba en el trabajo. No quedaban, pues, más que dos seres desvalidos, la anciana y la niña, una de las cuales era preciso sacrificar si no querían perecer todos. En vano imploró Kwakkiyo de los dioses que le evitaran el dolor de tener que escoger entre una y otra; la miseria era más grande cada día. Entonces decidió consultar el asunto con su mujer; con lágrimas en los ojos le expuso la triste situación en que se encontraba y le dijo que no podía aplazar por más tiempo la resolución desesperada, pues sus fuerzas amenazaban abandonarle, añadiendo que aun cuando adoraba á su hijita, prefería el sacrificio de ésta al de su madre, con la cual le unían los sagrados lazos del amor y de la gratitud filiales.

De igual parecer fué su esposa, y aunque la idea de la muerte de la inocente niña le arrancó amargo llanto, sobrepúsose á su dolor y afirmó á Kwakkiyo

en su resolución. Llenos de indescriptible desconsuelo salieron al campo aquellos padres, llevando consigo á la niña, ajena al tormento que le esperaba. Su propósito era cavar una profunda fosa, echar en ella á su hija y cubrirla en seguida de tierra á fin de que fueran menores los sufrimientos de la infeliz criatura.

Kwakkiyo comenzó su triste faena al pie de un corpulento pino; su mujer, con la niña en la espalda, estaba junto á él llorando silenciosamente. Mas apenas había ahondado un poco en la tierra, hirió sus ojos el brillo de un objeto que su azada había puesto al descubierto. Sorprendido ante aquello, siguió cavando, y vió con gran asombro que aquel objeto era una jarra llena de oro.

Entonces comprendió que se había acabado la miseria, y lleno de emoción dió gracias á los dioses porque le habían recompensado á él y á su bondadosa mujer, enviándole tan oportuno socorro y haciendo de él un hombre rico en premio de su amor á su madre, por la cual no habían vacilado en sacrificar aquello que estimaban más que su propia vida.

Y aquellos padres que tan desconsolados salieron de su casa un rato antes, regresaron á ella llenos de júbilo, y todos los vecinos, sabedores de tan fausta nueva, apresuráronse á visitarles, alabando la piedad filial de Kwakkiyo y la bondad de los dioses que tan oportunamente le habían sacado de su espantosa miseria.

LA ARAÑA SERICÍGENA DE MADAGASCAR

En la escuela profesional de Tananarive se han hecho recientemente curiosos experimentos para hacer práctica hasta cierto punto la utilización del hilo de las arañas sericígenas, originarias de aquella isla, y en la última Exposición universal de París pudieron verse muestras de la hermosa tela con los

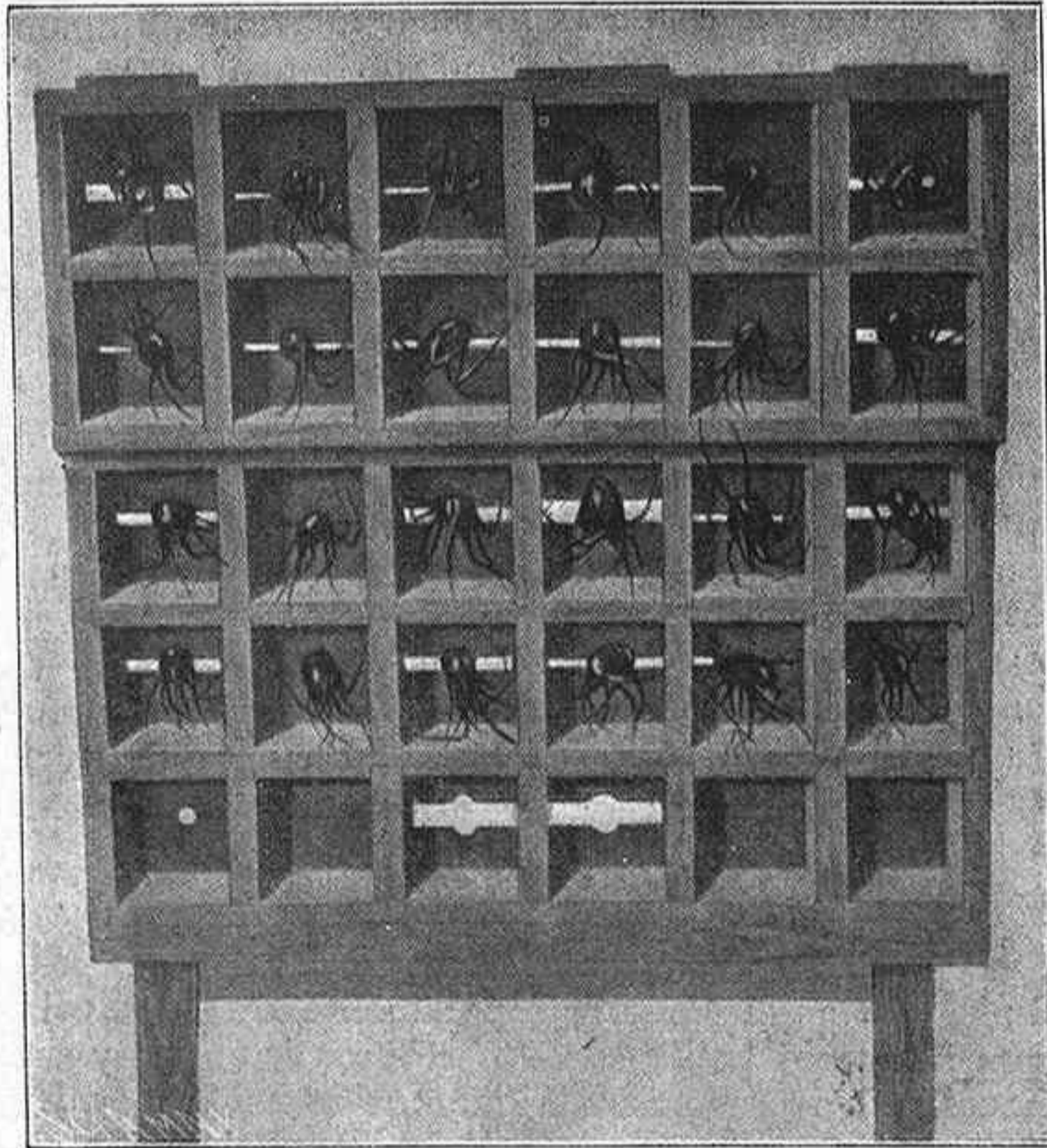


Fig. 1. - Las arañas en las guillotinas de la devanadura

referidos hilos fabricada. En la prensa parisiense se han publicado artículos ditirámicos para anunciar al gran público una nueva industria, ó la araneicultura, llamada á ocupar un lugar al lado de la sericicultura.

Pero es necesario reducir las cosas á más modestas proporciones y presentarlas tales como en realidad son.

La *halabé*, que así denominan los malgaches á la araña sericígena, es de reproducción bastante difícil, pues la hembra, única que produce el hilo, es tan feroz y voraz, que el macho no puede acercarse á ella sin tomar grandes precauciones y sin haberse antes asegurado de sus sentimientos, porque muchas veces lo mata y lo devora. Así es que estas arañas únicamente pululan en determinados sitios favorecidos, en donde no se devoran entre sí porque encuentran en ellos alimento seguro y abundante, como por ejemplo en los grandes bosques de mangos de los jardines de los alrededores de Tananarive.

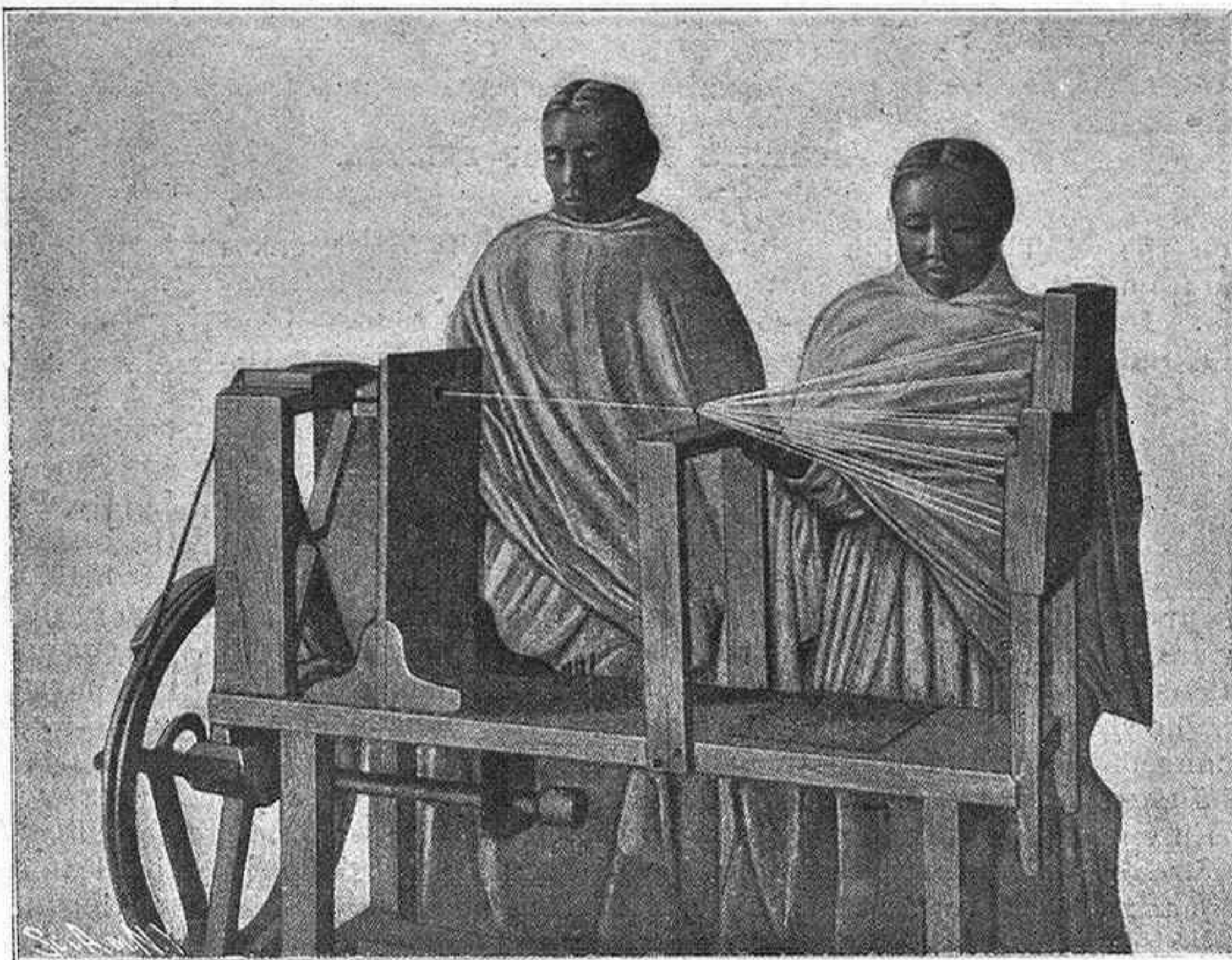


Fig. 2. - Jóvenes malgaches devanando la seda de las arañas

En estas disposiciones desfavorables es casi imposible esperar una cría artificial ilimitada, como la de los gusanos de seda, y no queda, al parecer, más recurso que limitarse á la explotación ó devanadura de las arañas que habitan en esos lugares privilegiados, evitando todo lo posible el diezmarlas ó destruirlas. Estas consideraciones bastan á demostrar que es imposible estimar la utilización de esos animalitos

como una verdadera industria. Sin embargo, en pequeña escala y sin otro objetivo que la confección de telas excesivamente raras y preciosas de un coste elevadísimo, puede sacarse cierto partido de los experimentos hasta ahora realizados.

Al principio del pasado invierno visité las escuelas profesionales de Tananarive, establecidas por el general Gallieni en el antiguo palacio de la reina y en sus dependencias: esta institución será una de las obras más fecundas de aquel general en Madagascar, si sus directores saben mantenerla en la vía eminentemente práctica que les ha sido trazada. Los jóvenes alumnos malgaches siguen en ella los cursos con la mayor asiduidad, y los profesores, los ayes y los alumnos rivalizan en celo.

Durante mi visita, tuve ocasión de ver devanar la seda de araña y de sacar fotografías de las varias fases de esta curiosa operación. En primer lugar, el día mismo en que la devanadura debe efectuarse las mujeres del campo llevan allí las arañas en ligeros cestos: es muy conveniente, en efecto, no dejarlas ni un corto tiempo juntas, pues teniendo la costumbre de devorarse unas á otras, se correría el riesgo de no encontrar más que á la última sobreviviente. Luego se procede del mismo modo que para la devanadura de la seda; es decir, se reúnen varios hilos y se retuercen al mismo tiempo que se les devana para obtener un hilo del grueso que se desea.

Las arañas se agrupan en número de doce ó veinticuatro y conviene no herirlas ni mutilarlas durante la operación, porque en

un mes pueden soportar antes de morir cuatro ó cinco devanaduras que representan unos 4.000 metros de hilo. En la escuela profesional de Tananarive se ha adoptado el sistema de colocarlas en verdaderas guillotinas pequeñas, cuyas dos mitades las sujetan entre el abdomen y el coselete; sus patas se encogen sobre el coselete y su abdomen sale por el lado por donde se verifican la devanadura y la torsión del hilo. Los jóvenes malgaches tienen gran ligereza de manos para proceder á esta delicada operación: con la punta del dedo tocan los abdómenes de las prisioneras, y apartándolo luego suavemente arrastran en un solo haz los doce ó veinticuatro hilos hasta un gancho que los reúne en uno solo y desde el cual van á parar al carrete en donde se enrollan.

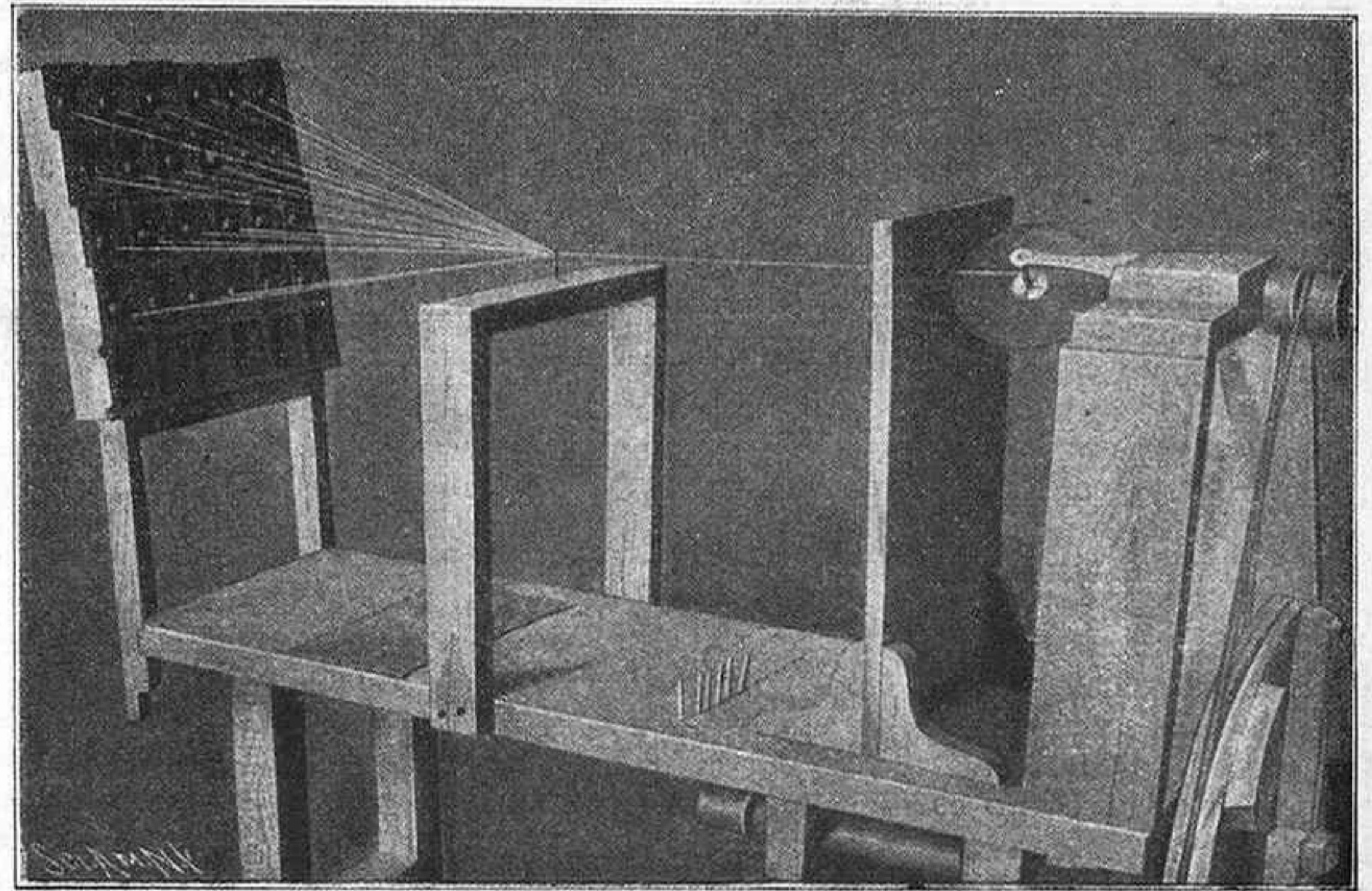


Fig. 3. - Aparato para devanar la seda de las arañas

Para producir de una sola vez el enrollamiento del hilo y su torsión se ha imaginado un sistema ingenioso que da excelentes resultados.

De este modo las arañas sufren sin resistencia una devanadura completa, y cuando han sido «vacías» se las reemplaza por otras.

A las «operadas» se las pone, para que convalezcan, en el «parque» organizado á este efecto con bambúes plantados en tierra y reunidos por medio de cordeles que forman enrejados; después de algunos días de reposo, las arañas que no han sido devoradas vuelven á ser utilizadas para la misma operación.

La seda de las halabés es de un color precioso; un hilo de oro no es más brillante ni de un amarillo más puro; pero no se ha ensayado todavía un lavado de esos hilos antes de tejerlos, como se hace con la seda, y tal vez con este lavado aquel color brillante natural desaparecería, si bien persistirían la tenuidad, la elasticidad y la tenacidad, muy superiores, según

se afirma, á las de la seda ordinaria, lo cual permitiría confeccionar telas de maravillosa finura, de una suavidad exquisita y de una solidez llamada á desafiar, á lo que parece, la acción de los siglos.

El mérito de ese original descubrimiento corresponde al padre Camboué, misionero católico de Madagascar, que fué el primero que trató de sacar partido de los hilos de las arañas sericígenas (*Nephila Madagascarensis*): como los malgaches, contentóse en un principio con recoger las innumerables telarañas que pululaban en los jardines de la misión, cardándolas é hilándolas. Con los hilos resultantes tejió telas de imposible uso y de grosero aspecto por la irregularidad de aquéllos, y entonces procuró mejorar el hilo devanándolo directamente del abdomen de las arañas, á las cuales encerraba en cajas de cerillas. De este modo fué el primer inventor del procedimiento en la actualidad empleado en la escuela profesional de Tananarive. Parece, sin embargo, que ya en 1710 Reaumur ensayó la devanadura de la araña viva, valiéndose para ello de las epeiras de Francia, animalitos de pequeño tamaño de los que se necesitaban, según sus cálculos, 700.000 para producir una libra de seda.

No creo, sin embargo, que el eco de aquellas investigaciones llegara á oídos del padre Camboué, en

Madagascar, como tampoco los ensayos de Raimundo María Tremayor, en España, ni los de Alcides de Orbigny en América, pudiendo por consiguiente, sin incurrir en ninguna injusticia, dejar al buen padre el mérito de su iniciativa. — G. C.

VENTRILQUÍA

La ilusión vocal tan conocida con el nombre de ventriloquía no es solamente explotada en los teatros y circos por artistas que añaden á ella su talento mímico. En efecto, en el Instituto psico-fisiológico de París ha dado recientemente una conferencia sobre este punto M. Pablo Garnault, el cual ha afirmado que la ventriloquía ha sido practicada con rara perfección y en gran escala por los pueblos de la antigüedad: en todos ellos, lo mismo en los conservadores, como por ejemplo los chinos, que en los salvajes, en todas las religiones primitivas que han persistido hasta nuestros días, ha desempeñado un papel importante como generadora de la inspiración y de la adivinación.

Entre los zulús, los maoríes y los tuganes, la ventriloquía está muy extendida y va siempre asociada á la evocación de los espíritus, sobre todo á la de los espíritus de los muertos: observadores dignos de crédito han podido oír la voz de estos espíritus debajo de tierra, en los techos de las chozas y á lo lejos, y mientras la voz se oía los sacerdotes y los hechiceros permanecían absolutamente inmóviles, como los ventrílocuos de profesión.

Entre los chinos, esta ilusión sirve para hacer hablar á los muertos, siendo las viudas las que constituyen la clientela habitual de los nigromantes. Según M. Garnault, se emplea para la consulta una pequeña estatua de madera de haya que ha estado cuarenta y nueve días expuesta al rocío y que durante este tiempo se ha impregnado del espíritu del difunto. El médico aplica sobre su estómago dicha estatua, é inmediatamente se oyen salir de su boca palabras pronunciadas con esa voz cavernosa, sibilante y apagada que constituye al mismo tiempo la voz de los

ventrílocuos y la de los muertos, entablándose una conversación entre el espíritu y la persona que consulta.

Otras veces el nigromante coge la estatua, la coloca junto a la oreja del consultante, y el diálogo se entabla del mismo modo y en el mismo tono.

En ambos casos la voz empleada es la voz del ventrílocuo, punto sobre el cual no dejan ninguna duda las descripciones de los autores.

La ilusión de los fieles es tan completa como la que experimentamos nosotros en presencia de una

escena de ventriloquía artística moderna, pero se produce por medios enteramente distintos: entre nosotros descansa en una falsa interpretación del testimonio de nuestros sentidos; entre los chinos, en la creencia religiosa de que los espíritus de los muertos pueden ser evocados.

Es indudable que también por medio de la ventriloquía hacían los antiguos hablar a las estatuas: los egipcios usaban algunas de éstas con la cabeza y los brazos móviles, pudiendo verse en el museo del Louvre un busto de Anubis, el dios con cabeza de

chacal, que parece haber sido confeccionada y decorada en los tiempos de la vigésima dinastía, que tiene la mandíbula articulada por el mismo procedimiento que, no hace aún muchos años, empleaban nuestros ventrílocuos.

M. Garnault cree, sin embargo, de acuerdo con M. Maspero, que los mismos sacerdotes, al cometer estos piadosos fraudes, creían sólo expresar de una manera más sensible y más edificante los sentimientos de la divinidad, de los cuales aparecían como fieles intérpretes. — H. C.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes a los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse a D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE LOS DE APIOL DE LOS DE JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORS, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE
al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S^o-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Espediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropsias, Toses nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.

Empleado con el mejor éxito

El mas eficaz de los Ferruginos contra la **Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ**
 Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.

Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.



KANANGA-OSAKA
V. RIGAUD
 8, rue Vivienne, PARIS

Agua de Tocador
KANANGA-OSAKA
 de deliciosa frescura conserva al cútis la incomparable nitidez de la juventud.

ESENCIA KANANGA-OSAKA
JABÓN KANANGA-OSAKA
POLVOS DE ARROZ KANANGA-OSAKA

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida a la sangre y entona todos los órganos.

HEMOSTATICA

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO
 MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso **REGENERADOR** prescrito por los Médicos.

Este Vino, con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina, en virtud de su asociación con el hierro es un auxiliar precioso en los casos de: *Clorosis*, *Anemia profunda*, *Menstruaciones dolorosas*, *Calenturas de las Colonias*, *Malaria*, etc.

102, Rue Richelieu, Paris, y en todas farmacias del extranjero.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curada por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

AVISO A LAS SENORAS



EL APIOL DE LOS DRES JORET Y HOMOLLE

CURA
LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ia} BRIANT 150 R. RIVOLI
 PARIS
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

EN TODA CLASE de VÓMITOS y DIARREAS adoptados de R. O. por los Ministerios de Marina y de Guerra.



Y en toda clase de indisposiciones del tubo digestivo.

EMPLEAR **los SALICILATOS de VIVAS PÉREZ**

LOS RECOMIENDAN INDISCUTIBLES AUTORIDADES MÉDICAS

CELEBRAN CON ENTUSIASMO SUS EFECTOS CUANTOS LOS USARON PÍDANSE EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERIAS DEL MUNDO

Son falsas todas las cajas que no lleven en el prospecto inscripción transparente con los nombres del medicamento y del autor.

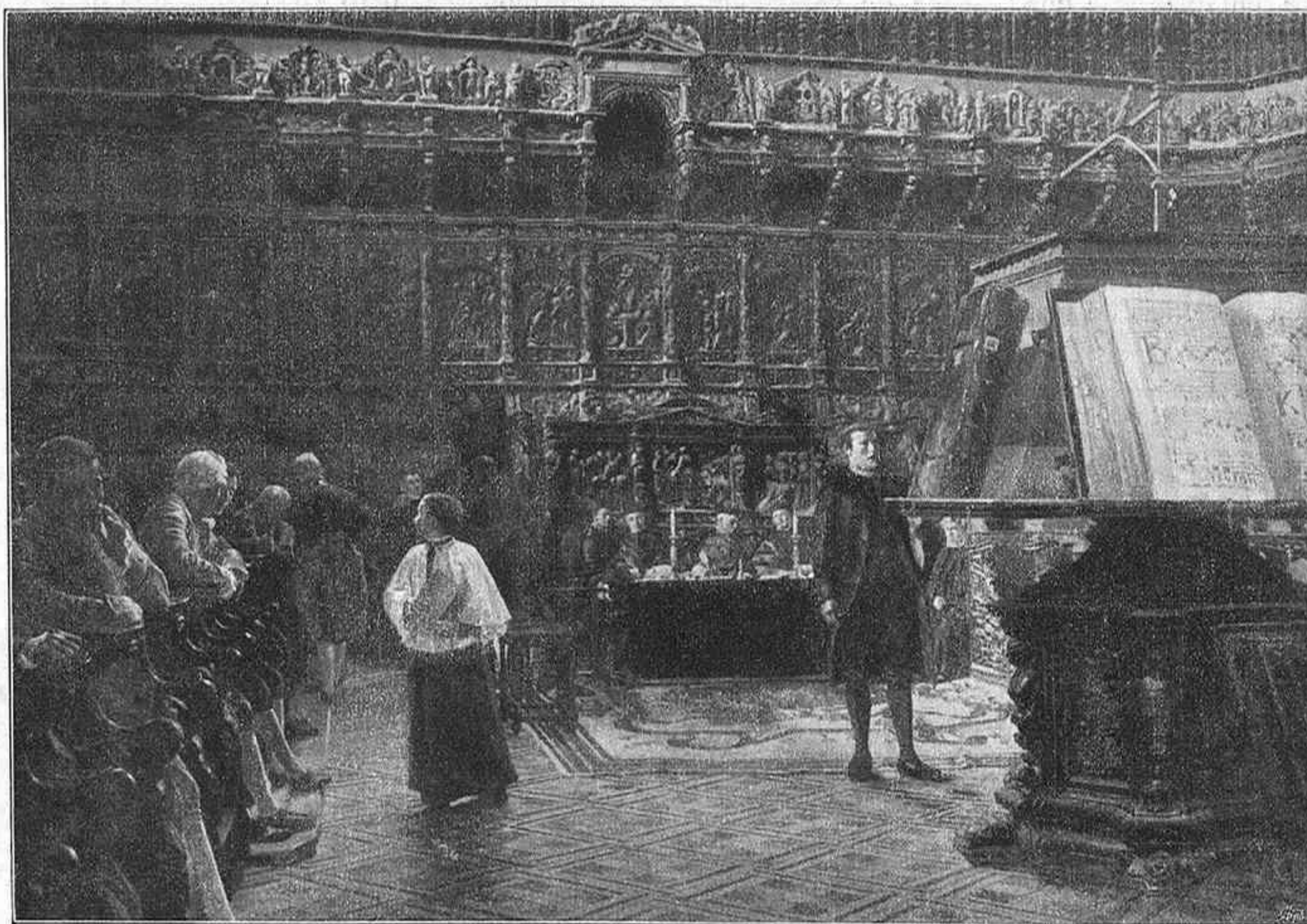
LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

BOSQUEJOS, por José de Elola. — Con este título ha publicado el conocido escritor Sr. Elola una colección de quince narraciones, novelas cortas, cuentos, leyendas é impresiones que si interesan por sus asuntos, tratados con gran vigor dramático la mayoría de ellos, cautivan también por la galanura de la forma de que se hallan revestidos. El autor de estas composiciones tiene una reputación legítimamente ganada en el mundo de las letras, para que necesitemos prodigar mayores elogios á su libro que, editado en Madrid, se vende á tres pesetas.

VERSOS ÍNTIMOS, por José Santaló. — Cuádrules perfectamente el calificativo de íntimas á las composiciones que constituyen este libro, porque en ellas se transparenta el alma del autor, alma que siente profundamente los grandes ideales y que sabe dar á sus sentimientos una forma esencialmente poética. La religión, la naturaleza, el arte hallan en el Sr. Santaló un cantor inspirado que en armoniosos versos y con bellísimos pensamientos exterioriza sus impresiones. El tomo, que forma parte de la «B-



En el coro, cuadro de Mariano Oliver Aznar

bliblioteca de autores gallegos» que edita en Santiago D. José Galf, se vende á cincuenta céntimos.

LAODICEA, por Publio Hurtado. — En el certamen científico-literario celebrado por la Sociedad de Amigos del País en Badajoz, en junio último, concedióse un premio al mejor cuento en prosa, el cual fué otorgado al que con el título de *Laodicea* presentó el conocido escritor D. Publio Hurtado, correspondiente de las Reales Academias de Historia y de Bellas Artes de San Fernando. Como esta distinción es por sí sola la mejor alabanza que de este trabajo puede hacerse, únicamente diremos que la lectura del referido cuento heleno, tan interesante por su argumento como bellísimo por su estilo, demuestra la justicia con que el jurado procedió en el referido certamen. *Laodicea* ha sido impreso en Madrid en la imprenta de Hernando.

LAS VIOLETAS, boceto de comedia, por José J. Cadenas y Aurelio Varela. — Esta obra en un acto, inspirada en otra italiana, tiene un argumento tan sencillo como interesante y está escrita en fáciles versos; es una comedia culta que ha sido estrenada recientemente con gran éxito en el teatro Cómico de Madrid y que ha editado el escritor madrileño D. Florencio Fiscowich.

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL CIGARROS
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BUN BARRAL
 disponen casi INSTANTÁNEAMENTE los ACCESOS.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUIZE-ALBESPEVRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICIÓN
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICIÓN.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Exigir la Firma **WLINSI**.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

EL APIOL de los Dres **JORET y HOMOLLE** regulariza los **MÉNSTRUOS**

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS**
DEHAUT
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PANCREATINA DEFRESNE
 Adoptada por la Armada y los Hospitales de Paris.
DIGESTIVO el más poderoso el más completo
 Digiere no solo la carne, sino tambien la grasa, el pan y los seculentos.
 La PANCREATINA DEFRESNE previene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestión.
 En todas las buenas Farmacias de España.

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — PRECIO: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA PREMIO DEL INSTITUTO AL D' CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALCIAS DIGESTION LENTAS Y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE ELIXIR. • de PEPSINA BOUDAULT VINO • de PEPSINA BOUDAULT POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILVORE DUSSER**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN